

# Presencia de 1910 en 1960

## *La conmemoración del Centenario de la Independencia Nacional a través de los discursos pronunciados en diversos actos oficiales*

*Sumario:* a) Saludo a las Delegaciones extranjeras. b) Sesión solemne del Congreso Nacional del día 17 de septiembre de 1910. c) Colocación de la primera piedra del monumento de la Independencia de Chile. d) El monumento a don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

### A) SALUDO A LAS DELEGACIONES EXTRANJERAS

*I. Discurso del Vicepresidente de la República, Emiliano Figueroa Larraín, en el banquete de recepción a las delegaciones acreditadas ante el Gobierno de Chile con ocasión del Centenario de la Independencia.*

El día memorable en que el pueblo de Chile proclamó ante las naciones del mundo civilizado el Acta de su Independencia, asumió la más alta responsabilidad y contrajo el más solemne y sagrado de los compromisos que la historia de las sociedades humanas registra en sus páginas severas para entregarlas al juicio de la posteridad.

Confiado sólo en la nobleza de su causa y sin otro caudal que la viril resolución de sus hijos, la República de Chile afrontó con serenidad los peligros inherentes a la formación de un pueblo nuevo que balbuceaba apenas el lenguaje de la libertad y ensayaba con cautelosa prudencia las instituciones de la vida republicana; pueblo joven e inexperto en los graves problemas de la administración y de la ciencia política, encontrábase limitado por la naturaleza en sus recursos más necesarios, y, obligado por su especial situación geográfica, a desarrollarse lentamente en el más apartado y desatendido extremo del continente americano.

Grandes fueron los sacrificios: ardua, penosa y complicada la tarea que, disponiendo de tan escasos elementos, se impusieron los padres de la patria y que debían continuar sus hijos, hasta ver cimentado sobre bases incommovibles el edificio hoy casi secular de nuestra Constitución Política. Pero grande es también la compensación que hoy recibimos, al ver aquí reunidos a los ilustres representantes de las naciones amigas que han querido asociarse al regocijo del pueblo chileno y honrar con su presencia, en condiciones de solemnidad excepcionales, el centésimo aniversario de nuestro nacimiento a la vida libre y soberana. Llenos de gratitud al mismo tiempo que de legítimo y natural orgullo, hemos recibido el testimonio oficial de su adhesión calurosa al sentimiento patrio que en tales ocasiones domina por entero y hace vibrar con fuerza inusitada el corazón de la República.

Formado en la dura escuela del trabajo y educado en la tradición del respeto a los principios generadores del orden y la armonía internacional, el pueblo chileno ha comprendido desde su origen que la gloria verdadera es la conquista de la paz, madre fecunda de los esfuerzos que significan al hombre, abren al sabio el camino de la investiga-

ción y ensanchando el tesoro de los conocimientos humanos, fomentan la industria que engendra la riqueza y las artes que hermocean la vida y dulcifican las costumbres de la sociedad humana. A ella debemos las más puras y nobles satisfacciones que la República ha recibido en los momentos más graves y decisivos de la historia patria. Ella nos trae ahora mismo el aliento generoso de las grandes naciones que nos han precedido en la conquista de la civilización y el abrazo leal y efusivo de las Repúblicas hermanas que nacieron, como nosotros, a la vida de la libertad. Y a dar testimonio de lo que puede y alcanza en las sociedades modernas el sentimiento de la paz, ha venido a nuestro hogar el ilustre Presidente de la grande y gloriosa nación argentina, sellando así con su presencia y renovando después de un siglo de pruebas, el pacto inmortal que nuestros abuelos escribieron con su sangre en los campos legendarios de Chacabuco y de Maipú.

No importa, señores, a la grandeza del acto realizado, investigar ahora el origen primero de esta noble inspiración que acaso naciera a un tiempo mismo en la mente de ambas Cancillerías; pero aun a riesgo de renovar dolores que ayer no más cubrieron de luto el cielo de la patria, creería faltar al cumplimiento de un deber sagrado si en este sitio desde el cual dirigía hasta hace poco los destinos de la República, no recordara al magistrado eminente, que, salvando la cumbre de Los Andes por vez primera en nuestra historia diplomática, cruzó la pampa dilatada y llevó a Buenos Aires, al corazón del pueblo argentino, la palabra, la fe y el corazón del pueblo.

El reconocimiento que debemos a todas las naciones que con igual gentileza nos han presentado sus votos de adhesión y de sincera simpatía, no admite grados de diferencias en la expresión de la gratitud nacional; pero hay, señores, antecedentes que obligan, vínculos de la raza y de la historia que hablan a veces por sí solos con la elocuencia viva de la realidad; viejas y venerables tradiciones que no podríamos silenciar en esta ocasión, sin renegar al mismo tiempo del nombre que llevamos y de la sangre que corre por nuestras venas. No obstante el hecho de su emancipación política, el pueblo chileno ha conservado como timbre orgullo el recuerdo histórico de su origen y a pesar de los tiempos y la inevitable transformación de los ideales humanos, guarda todavía el culto de la tradición que constituye la fuerza y mantiene viva la unidad de la raza.

Al separarnos de la Madre Patria no hicimos otra cosa que dar cumplimiento a esa ley providencial que rige los destinos de la familia humana. Quisimos ser libres y llegamos a serlo, naturalmente, como el hijo que llega a la mayor edad y sintiéndose con fuerzas para no ser a los suyos una carga pesada, levanta su tienda y emprende solo la difícil jornada de la vida.

Así lo ha comprendido con elevado criterio el Go-

bierno de Su Majestad Católica, fiel en ésta como en todas ocasiones, a los nobles y generosos instintos de la nación española. Y he aquí, señores, que en este día de eterna recordación, las que fueron humildes y apartadas colonias rinden ahora a la Madre Patria el majestuoso homenaje de otras tantas Repúblicas que hoy viven y prosperan y dan testimonio de su fecundidad en el concierto universal de las naciones civilizadas.

Excelentísimo señor Presidente, Excelentísimos señores Embajadores y delegados, a vuestra salud y a la salud y felicidad de vuestras naciones, al triunfo incesante de la paz y la armonía internacional<sup>1</sup>.

B) SESIÓN SOLEMNE DEL CONGRESO NACIONAL DEL DÍA  
17 DE SEPTIEMBRE DE 1910

II. *Discurso de don Luis A. Vergara, Presidente del Senado de Chile*

Los senadores y diputados que forman el Congreso Nacional de Chile cumplen con el grato deber de reunirse, en esta ocasión, para conmemorar el Centenario de nuestra emancipación política, y se sienten vivamente complacidos con el honor que les dispensan los magistrados supremos de dos Repúblicas hermanas, las embajadas y misiones especiales, el Cuerpo Diplomático residente y los miembros de Parlamentos de naciones amigas, que benévolamente se han dignado solemnizar este acto con su presencia.

En esta solemne reunión, las personas que constituyen uno de los poderes del Estado han querido dar público testimonio de su reconocimiento a los ciudadanos que realizaron la noble idea de organizarnos como un pueblo libre e independiente, para que pudiera contribuir así, dentro del elevado concepto de las nacionalidades, al progreso y bienestar del género humano.

Laboriosa y accidentada fue, sin duda, la marcha de la República en los primeros años de su existencia. Los ensayos de Gobiernos que entonces se sucedieron fueron la manifestación de las ideas políticas que, en orden a la organización constitucional de Chile, predominaban en aquella época entre las diversas tendencias que caracterizaron a los fundadores de la República, hasta que, promulgada la Constitución de treinta y tres que hoy nos rige, se encontró en ella la base fundamental de nuestra organización política, que ha permitido el desenvolvimiento de la nación y que es para todos una garantía de orden y de progreso.

Y así puede notarse que las inevitables convulsiones a que los pueblos están sujetos, no han sido entre nosotros el resultado de pequeñas y persona-

les ambiciones, sino el choque, a veces doloroso, de ideas y doctrinas inspiradas en el elevado sentimiento de amor a la Patria y a las instituciones que nos rigen.

La Providencia ha querido que en el primer Centenario de la Independencia Nacional se ponga a prueba el elevado espíritu de civismo que nos legaron nuestros mayores.

Si esa prueba ha sido por demás penosa es satisfactorio para el patriotismo chileno que mediante ella podamos exhibirnos ante las naciones extranjeras como una colectividad que sólo busca las soluciones políticas y el progreso del país dentro del más absoluto respeto a la Constitución y a las leyes.

Mucho puede esperar la República de partidos y hombres que buscan dentro de la legalidad, el predominio de sus programas e ideales; de ciudadanos conscientes de sus derechos y de sus deberes cívicos y cuyas luchas políticas que dan vida y vigor al organismo nacional, cesan y rápidamente se transforman en una fuerza única y poderosa, siempre que los supremos intereses de la Patria exigen el concurso de todos sus hijos.

III. *Discurso de don Vicente Reyes*

Cábeme la honra de saludar en nombre del Senado de Chile a los honorables representantes de los Congresos argentino y boliviano, que en estos momentos de patriótica expansión, nos traen el concurso gratuito de su compañía para celebrar el centenario del acontecimiento más culminante de nuestra historia.

Esa asociación en un común regocijo refleja fielmente los anhelos y esfuerzos también comunes que desde los comienzos de la vida independiente y en el transcurso de un siglo han sido lazo de unión entre los Congresos de nuestras respectivas naciones y de todos los pueblos de la América Latina.

A la vez que los reflejos de la civilización habíamos recibido en el regazo de la Madre Patria la savia de las cualidades distintivas de su noble raza y entre ellas la energía y perseverancia legendarias con que supo siempre defender la independencia de la patria y el mantenimiento de aquellos viejos fueros que representaban la autonomía comunal de sus secciones territoriales.

Por eso, obedeciendo a idénticos impulsos, supieron los pueblos de la América desligarse con entereza y constancia inquebrantables de los vínculos que los ligaban a la Madre Patria, de los vínculos políticos, no de los lazos del afecto, que subsistieron y habrán de mantenerse siempre inalterables.

Pero, al salvar el límite del tutelaje secular para entrar al amplio campo de la vida libre, sin haber tenido oportunidad de practicarla y de recoger en ella paulatinamente las lecciones de la experiencia, faltábales ese faro que marca el rumbo, alumbraba el sendero y evita los escollos.

De ahí la necesidad imperiosa, sentida desde el primer momento por estadistas y legisladores, de completar la obra inmortal de nuestros guerreros, arbolando la nave e hinchando sus velas para encaminarlas a futuros y grandiosos destinos.

Muy lejos estaba de ser esa una fácil tarea. Surgía desde luego el problema de la forma de gobierno que habría de darse a las nuevas naciones. Corrientes encontradas cruzaban el campo de la opinión pública. No se vive en vano durante tres siglos a la sombra de un determinado orden de instituciones, sin que ellas echen raíces profundas en el suelo que dominan.

<sup>1</sup>La concurrencia aplaudió entusiastamente al final y durante varios de los pasajes de este discurso.

Al final del banquete, a nombre del Gobierno, se obsequio a los delegados una hermosa medalla como recuerdo de las fiestas de nuestro primer Centenario.

La medalla es rectangular de unos cuatro por seis centímetros más o menos. En el anverso tiene una alegoría de los beneficios de la paz. La figura de la república con una rama de oliva en alto, se destaca delante de un campo de maduras espigas. En el reverso el escudo de Chile en primer término, más lejos la cordillera andina, donde se reconoce el pico del Aconcagua y en alto, pero muy alto, sobre la cordillera, en una gran asta, la bandera de Chile con su estrella radiante.

Se puso término al banquete a las 11 y media de la noche. A esa hora la gran banda militar que acompañaba al desfile de antorchas, ejecutaba en la plazuela de la Moneda una retirada, que fue interrumpida con los acordes de la Canción Nacional cuando se asomaron a los balcones del palacio los Presidentes de ambas Repúblicas.

Afortunadamente, irradiaba sobre los estadistas y las asambleas populares de las colonias emancipadas una luz vivida —la libre República de Washington y de Franklin, que exhibía a los ojos de nuestros antepasados, junto con esos grandes modelos de virtudes cívicas, el espectáculo impresionante de una nacionalidad vigorosa, nacida, sustentada y rápidamente engrandecida bajo la égida bienhechora de las instituciones democráticas.

Tuvo la América Latina el feliz impulso y el buen sentido práctico de seguir esa huella luminosa; y desde ese instante hasta hoy, en todo el curso de la centuria recorrida, ha mantenido indeclinablemente, sin claudicar un solo instante, la forma de gobierno que adoptó: "la democracia", que es el amplio ejercicio de la libertad dentro del respeto al derecho ajeno; de la igualdad de todos los hombres ante la ley y de la fraternidad que sería ilusorio buscar únicamente en fórmulas morales porque, dentro de las condiciones propias de la naturaleza humana, necesita imprescindiblemente basarse en la armonía de todos los intereses sociales, amparados por el ejercicio leal y correcto de aquellos primordiales derechos: "la libertad y la igualdad".

Por lo mismo, habría sido insuficiente imprimir a nuestras instituciones políticas el sello de la democracia, aclamando la soberanía del pueblo ejercida por sus mandatarios y el goce de todas las libertades que le son correlativas, si aquella tendencia no hubiera predominado también en la legislación civil, respecto de todas las esferas, y en favor de todas las manifestaciones de la actividad social.

Comprendiéndolo así, fue uno de los primeros actos legislativos, a raíz de la emancipación, abrir nuestros puertos al comercio del mundo, otorgar el goce absoluto de todos los derechos cíviles a los extranjeros que quisieran traerlos el valioso concurso de su trabajo o de su cultura: sancionar la libertad de industria en sus variadas ramificaciones, sin la cortapisa de favores de ningún género a colectividades determinadas, sembrar, en fin, por doquiera la semilla fecunda del progreso material, al amparo del amplio ejercicio de las iniciativas individuales.

Y ha sido eso por fortuna la sabia corriente en que han perseverado sin desfallecimiento los que hasta hoy han tenido en sus manos la dirección de los negocios públicos.

La centuria que hoy se inicia trae consigo nuevos problemas sociales dignos de la mayor consideración, pues que se refieren a armonizar en forma de equitativa cordialidad todas las fuerzas concurrentes al incremento de la riqueza pública. Debemos confiar en que el grave problema habrá de ser abordado y resuelto con el mismo espíritu de sensatez y de justicia que en todos los demás campos de su acción ha inspirado siempre a nuestros legisladores.

No concluiré honorables señores y colegas —permitidme daros también este nombre— sin pedirlos que, al término de la primera centuria en que los pueblos de América conmemoran la fecha gloriosa de su independencia, tributemos el homenaje de nuestra cariñosa gratitud a la memoria de todos aquellos que en las ideas heroicas, por la emancipación o con las luminosas inspiraciones de su inteligencia hombres de pensamiento u hombres de acción abrieron a la patria americana en común esfuerzo, los horizontes de un porvenir venturoso. Es posible que, al fragor de dolorosas contiendas, pagaran a veces a la flaqueza humana el tributo del error, quizás de la pasión: pero eso no amengua el

valimiento de la labor ejecutada y de los frutos obtenidos. El juicio sereno de la posteridad al memorar los acontecimientos generadores de la existencia y del engrandecimiento de los pueblos, se asemeja —comparando lo grande con lo pequeño— a la pala del labriego que aventa las malezas y recoge únicamente en el cercado las doradas mieses.

#### IV. Discurso de don José Ramón Gutiérrez, en representación de la Cámara de Diputados

Excmos. señores. Señores: La independencia americana es una lucha de titanes, que aunan sus brazos, su corazón y su cabeza en esfuerzos sobrehumanos, para levantar uno de los más grandes monumentos a la historia. Ellos, esos titanes, no midieron los sacrificios ni se dieron reposo hasta coronar su obra gigantesca, ciñendo la frente de la América con la diadema de la libertad.

En ese esfuerzo portentoso de inmensa amplitud de miras y de sacrificios, sorprende y maravilla el espíritu de solidaridad que inflama a los próceres de la independencia.

"La emancipación de un pueblo aislado es un sueño", decía uno de ellos. "O nos emancipamos todos, o no se emancipa ninguno". ¡Tan profundo y vasto era el pensamiento americano!

Por eso la espada de los generales no señala a las legiones los linderos de su país como término de sus proezas. Eso no, porque América es la patria, y sus confines son el límite de la jornada.

Por eso, soldados colombianos lucharon por la independencia del Ecuador, Perú y Bolivia; soldados argentinos combatieron en Chile y más allá de sus fronteras; soldados chilenos trasmontaron los Andes, llegaron hasta el pie del Pichincha, batallaron en Ayacucho; y marinos chilenos en el Callao. Todos allegaron su contingente a la causa de la redención de los pueblos de Sudamérica; y pocas veces o acaso nunca, bajo este sol de Dios y en esta tierra de Dios, se habrá cantado en más vasto escenario y con más pureza de intención, el santo himno de la libertad y de la confraternidad.

¡Cuán hermoso es esto! ¿No es verdad? Señores delegados americanos que me escucháis: ¡qué lecciones y qué testamentos nos dejaron Miranda, Bolívar, Páez y Sucre; San Martín, Belgrano, Balcarce y Las Heras; O'Higgins, Lord Cochrane y tantos otros campeones ilustres!

En esta hora de evocaciones del pasado, para enseñanzas del presente y del futuro, yo no puedo prescindir, señores delegados argentinos, de recordar especialmente la amistad intensa que en la vida ligó a dos hombres y que ellos ligaron a dos pueblos, como si hubieran tenido la visión profética de sus destinos. De esos hombres, bravos entre los bravos de frío valor, el uno es el más argentino de los soldados argentinos; el otro, el más chileno de los chilenos. En cada uno de ellos se encarnó, más que en ningún otro de sus conciudadanos, el alma de su patria, en toda su esencia y con todas sus tendencias. Ambos buscaron por los mismos caminos los mismos ideales. Los dos formaron y templaron su carácter en el yunque del trabajo y de la adversidad, que forja inmortales el desprendimiento y la lealtad; eran la divisa de sus espíritus magnánimos y de sus caracteres profundamente serios y honrados. Son tan gemelas sus vidas, que la glorificación del uno es la apoteosis del otro.

Estos dos ínclitos capitanes, cuyos nombres se pronuncian con reverencia; estas dos grandezas de la historia americana, son, señores, San Martín y O'Higgins.

Desde que se conocieron en los campos de batalla hasta que el destierro y la muerte los separaron en la vida, su amistad no sufrió quebrantos. "Compañero y amigo amado, dice San Martín a O'Higgins al saber su abdicación; millones y millones de enhorabuenas por su separación del mando, cuanto valgo, lo poco que poseo, están a su disposición. Adiós, amado amigo; hasta la muerte lo seré tuyo".<sup>1</sup> Y así fue.

Ellos comunicaron su recíproco afecto al corazón de sus paisanos, a quienes hicieron comprender, desde los albores de la vida independiente, que esa montaña que limita las dos naciones no es un aislador que las separa, sino un gran dorso de granito que las vincula. Y así vemos que los triunfos de las armas chilenas eran celebrados en Buenos Aires con regocijo delirante; y cuando la Jura de la Independencia de Chile, en 1818, dice textualmente un cronista de aquella época, "la bandera tricolor se exhibía en la fachada de las casas, al lado del pabellón argentino, como muestra de la eterna unión que existía entre ambos Estados".

Si juntos compartieron San Martín y O'Higgins los albores de la victoria, también probaron a su vez las amarguras de la adversidad y de la proscripción. Las multitudes tumultuosas se cansan luego de ser agradecidas; la gloria de sus caudillos despierta sus recelos y se les convierte al fin en una carga. En las democracias embrionarias, todavía inconscientes de sus deberes cívicos, los apóstoles de la libertad se hacen sospechosos, y casi siempre acaban por ser considerados como aspirantes al despotismo o a la tiranía. Esta condición humana, y digámoslo también —ya que la historia no es la apología— errores padecidos por nuestros héroes, y la envidia, la ingratitud y la calumnia, comenzaron su obra subterránea.

Fue entonces cuando del alma de San Martín se escapó este arranque espartano: "*No he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos*".

¡Tristes vaivenes del destino humano, que así dan la gloria como la eclipsan!

Decídme, señores: cuando desde las cimas de Los Andes mostraba San Martín a sus legiones la ruta del heroísmo y de la victoria, ¿pudo imaginarse que habría de regresar en camino de voluntaria expatriación, por esas mismas ásperas cumbres, tan solitarias como el héroe y tan silenciosas como su dolor?

Y cuando O'Higgins confiaba al océano la escuadra libertadora del Perú: "*Esas cuatro tablas de que dependía el porvenir de la América*", cuando de pie en las playas de Valparaíso, veía alejarse e impulsaba con su aliento de gigante y con los ímpetus de la más patriótica vehemencia, las alas de los barcos que llevan al Ejército Libertador, ¿pudo imaginarse que la estela de esos barcos le estaba trazando el derrotero del ostracismo?

Y, sin embargo, llega un momento en que la tierra natal falta a esos dos creadores de naciones. Emigran: O'Higgins al Perú y San Martín a Europa. La pobreza los sigue, y los obliga a compartir en el destierro el pan del proscrito.

Vagando por suelos extraños, viven con el corazón lacerado por lo que más puede entristecer y apagar la vida; las decepciones y las ingratitudes. Pero, en medio de la soledad de su nostalgia, sien-

ten que los acompaña la mano de su hija predilecta, que nadie podrá arrebatarles; de la hija de sus esfuerzos titánicos, de sus patrióticos ensueños, la mano de la libertad, de la libertad de la América. Así Edipo, ciego y agobiado por el peso de su real grandeza derrumbada, deja ver los estragos de su infortunio por campos de sombras, sin mostrar otro apoyo y sin más consuelo que la mano de su hija, el más precioso vestigio de su estirpe soberana y de su esplendor desvanecido.

En este período de la vida de los dos caudillos, hay un rasgo de sublime delicadeza, que entenece recordar. O'Higgins no ha olvidado que en días de prueba para él, San Martín le ofreció su fortuna y su valor; y ahora, cuando la pobreza ejerce su imperio en el hogar del desterrado argentino, O'Higgins acude a su amigo con la modesta dádiva que le permite su escasa fortuna de proscrito. Pero aún en el destierro esas almas generosas continúan haciendo de la patria el objeto de sus amores.

El fiero Escipión, en un raptó de soberbia, niega a Roma desagradecida la guarda de sus despojos. "Ingrata patria, le dice, no tendrás mis cenizas". San Martín, no menos altivo que el vencedor del África, pero más indulgente con su bienamada, pide en su destierro que la urna de oro, depositaria del más intenso de sus amores, vuelva a la patria; y en su testamento ofrenda su corazón a la ciudad de Buenos Aires.

Y así entrega lo más rico, lo más valioso que le queda, a la piedad de sus conciudadanos, porque confía en la acción reparadora del tiempo.

¿Qué sería de la verdad, qué de la virtud, señores, si el tiempo que destruye de prisa todo lo corruptible y caduco, comenzando por este ropaje de arcilla que llevamos los peregrinos de la vida, no se detuviera ante el alma humana y no se encargara de justipreciar y exhibir la verdadera textura moral de los servidores de la humanidad?

Señores: La acción justiciera y niveladora del tiempo se cumplió con nuestros héroes. El arte ha inmortalizado en el bronce sus figuras arrogantes; la historia ha recogido en páginas de oro sus proezas, y sus corazones descansan ya más que en un pedazo santo de la tierra nativa, en el pecho agradecido de sus conciudadanos.

Señores representantes de la República Argentina, hermanos nuestros: he aquí lo que nos han enseñado, con su sangre y con su ejemplo, los padres de la patria; he ahí los sólidos fundamentos de nuestra unión, que aparece junto con la libertad de la República.

Pero no se detuvo en ese punto la amistad que nació en aquellos días de rudo batallar.

Esa era solamente la portada magnífica, que abría la historia de la confraternidad de nuestros pueblos.

Posteriormente en horas nefastas para nuestro país, brindamos hospitalidad cariñosa a una caravana de ilustres peregrinos arrojados por el despotismo; pero ellos nos compensaron de sobra el deber de la hospitalidad con el favor de su cooperación en la enseñanza pública y en la cultura nacional.

Más tarde, en días tristes para nosotros —que ya están muy lejos de nuestro corazón y de nuestra memoria— cuando ardió por la última vez en Chile la tea de la discordia civil, vuestros hogares fueron por dos veces el refugio consolador de nuestros proscritos... ¡y quedó una vez más confirmada la santa confraternidad de estos países!

Y por último, señores, cuando el reloj del tiempo marcó ese instante que el ilustre *Pellegrini* llamó

<sup>1</sup>Cartas de San Martín a O'Higgins, de 9 de Febrero y 1º de Marzo de 1818. "Ostracismo de O'Higgins", T. I, pág. 472.

el cuarto de hora de la cordura, y nuestras legiones apartaron sus miradas recelosas de la común frontera, y las tendieron sobre nuestros campos, nuestros talleres y nuestros hogares, ávidos de paz y de trabajo, una expansión de alivio brote de nuestros pechos, porque nos ahogaba la pesadumbre de una contienda fratricida. Y quedó definitivamente sellada la unión que nos imponen las tradiciones, los vínculos de la sangre y de los afectos, y los intereses bien entendidos de ambos pueblos.

Como se vuelve a la casa solariega, cuna de la familia, a evocar dulces recuerdos que fortalecen los lazos de la sangre y estrechan los corazones, habéis venido a esta tierra, vuestra casa solariega, donde encontraréis muchas memorias y vestigios venerados de vuestros antepasados. No lejos de este recinto, hay un campo sagrado, cuna y tumba de héroes. Visítadlo; guardad silencio y oiréis acaso el eco de nuestros clarines de guerra y algo como la voz de San Martín, que manda a Freire la carga arrolladora de Maipú. Más cerca aún, está el monumento del héroe de la inmortal jornada; y, aquí, en esta augusta asamblea, y por donde quiera, veréis en cada corazón chileno un altar donde se rinde culto a su memoria.

Señores: los estadistas completan la obra de los guerreros. Pasado el período de la emancipación y el de la organización, nos encontramos ahora en plena época de progreso en el orden social, político y económico.

El portentoso desarrollo de la República Argentina, constituye un orgullo para la América. Al considerarlo, habremos de recordar con complacencia a aquellos parlamentarios que han contribuido a obtenerlo y que han dado fundamento sólido a las instituciones de la República: a Vélez Sarsfield, el sabio coordinador, émulo de Bello; a Mitre, que dio unidad a la República; a Rawson, que contribuyó a la reorganización del país y al afianzamiento de su unidad; a Sarmiento, el campeón de la enseñanza pública; a Vicente Fidel López, jurista, literato y orador; a Goyena y José Manuel Estrada, paladines de una causa que me es querida; a Alsina, Avellaneda y a tantos otros, lumbreras de vuestro Parlamento.

Señores delegados: en nombre de la Cámara de Diputados de mi país, os presento los homenajes de esta modesta República, cuya raza fuerte, homogénea y reflexiva, constituye un cuerpo social organizado de tal manera que ya no pueden conmoverlo ni las vicisitudes políticas más imprevistas, ni las más súbitas desgracias. El más eficiente de nuestros resortes constitucionales se encuentra, antes que en la ley escrita, en el espíritu de la nación, y en el sentimiento de respeto a sus instituciones: He aquí lo mejor que podemos exhibir a la mirada de nuestros huéspedes.

Aspiráis, señores, un ambiente de cordial simpatía. En estas fiestas de público regocijo por nuestra centuria, habréis sentido a vuestro paso las palpaciones del corazón de la patria y las vibraciones de gratitud de nuestra alma nacional: del alma de Chile, señores, que no sabe fingir porque es sincera, y que sabe corresponder, porque es agradecida.

Excmo. señor Presidente y señores representantes de la República Argentina: Hoy damos un paso más en la vía de la concordia y de una sólida amistad. Quiera la Providencia mantenerla eternamente, y que nuestras generaciones celebren en lo venidero los aniversarios seculares de nuestras Repúblicas, con la misma lealtad, con la misma sinceridad y con el mismo regocijo que nosotros. Así se habrán cumplido nuestros destinos; y el sol de mayo no se pondrá jamás en el cielo de Chile.

#### V. Discurso de don José Enrique Rodó en representación del Uruguay

Señores: La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos e inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu y, conducida por las ondas del aire, llega a lo más íntimo de los corazones, para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo. Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para transmitirlos toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario, por lo que este centenario tiene de americano y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano, permitidme que conceda preeminencia a este carácter sobre el otro. Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de México, yo siento y percibo el centenario de la América española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurren a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fue alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

Estos son, pues, en América, los días del magno centenario, que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización; aquel género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas en la historia de las naciones.

Diriase que un concurso imponente nos mira y atiende, incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre. Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca; hoy en Chile, ayer en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América española tan discutida, tan negada, tan calumniada, por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza a existir para la conciencia universal; empieza a traer así la atención y el interés del mundo; no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando me-

nos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos desconocía, o, conociéndonos mal y desdeñando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizá, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios oscuros, dudábamos de nosotros mismos; y esta duda cruel no perdonó, en el Getsemaní de Santa Marta, al alma lacerada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado a la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza a recompensarla y confirmarla. Eramos hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos a ser una fuerza. Eramos una promesa temeraria: empezamos a ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la manera como este primer siglo concluye. Y es que los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia a ser —como persona colectiva consciente de su identidad. Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación a nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre a esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo; cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de México, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía será una política vana o descarrada.

Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió a la vida de la historia, no fue sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció a la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas; tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad o, por lo menos, que tendamos energicamente a realizarlas. Si esta originalidad no cupiese en nuestra civilización, si nada

hubiéramos de agregar, en el orden real de la vida, a lo imitado y heredado, ¿qué significaría en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el espíritu, después de haberlo dejado de ser en la realidad política...?

Los que consideran milagro irrealizable que los pueblos se relacionen alguna vez, según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario. Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación norteamericana y de la Revolución francesa, se hubiera asegurado que la democracia y la república como formas permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las oscuras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la primera infancia, la afirmación hubiera parecido a lo más risible paradoja. Pues bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias oscuras en naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías, ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes alcancen en América, a realizar en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos a las leyes fatales de la historia; una magnificación de la idea de la patria: un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno?

Esta es, en mí, la más intensa sugestión del centenario americano. Pero hay en los recuerdos que glorificáis, junto al carácter continental, el nacional; junto a lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; y si lo primero me ha dado pie para afirmar la unidad hispanoamericana, la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, esto otro me impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro pueblo lo que, sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los recuerdos heroicos de que procede vuestro ser de nación; lo celebráis con el orgullo de haber realizado, por la labor perseverante y eficaz, las promesas y las esperanzas de vuestro glorioso abolengo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano. Tener la energía suficiente para conquistarla, es hermoso y grande, sin duda, pero es, todavía, una energía del instinto. Poseer el carácter necesario para mantenerla, arraigarla, justificarla como un bien merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo difícil y lo verdaderamente superior. Hay la voluntad heroica, la voluntad que gana batallas, y es un atributo de todo pueblo digno de este nombre, y todos los pueblos de nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero hay otro género de voluntad, disciplinada, rítmica, paciente; hay un género de voluntad que es como la mano firme y segura de la razón: la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna. Este es el géne-

ro de voluntad con que se edifican naciones, y éste es el género de voluntad en que os reconocemos proferentemente maestros.

Mediante él, llegásteis a constituir, con anterioridad a los demás pueblos hispanoamericanos, una nación de orden, un organismo de nación. Durante mucho tiempo, en América, en medio de las turbulencias de nuestro duro aprendizaje de la libertad, cuando la severidad del juicio extraño, o la inquietud de la propia conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía a nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradecer ese ejemplo. Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse a su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo, férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia.

Señores:

Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos por que la estrella de Chile se levante en cielos cada vez más serenos; por que su esplendor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez más sabias, cosechas cada vez más opimas, generaciones cada vez más fuertes, más libres y más dichosas; y por que, concertando su luz la estrella de Chile con las demás de la constelación hispanoamericana, dentro de la armonía perenne que reposa en el amor y la justicia, mantengan entre todas, para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos.

#### VI. Discurso de don Salvador Macía

Excmo. señor Vicepresidente de la República de Chile; Excmo. señor Presidente de la República Argentina; señores senadores; señores diputados: De pie en este recinto en que la representación nacional ha conquistado, para este Congreso, influencia decisiva en el Gobierno del país, presento a la República de Chile el homenaje del Senado argentino, en estos días de las grandes tradiciones, y os presento a vosotros su saludo de sincera confraternidad, de felicitación ardiente.

Histórica evocación de centenario fecha, grandiosos son estos momentos; por su solemnidad, por los merecimientos de vuestra patria y de la nuestra, debo pedirlos que al escuchar mis palabras, no penséis como yo pienso, en por qué la suerte no ha querido que, como vosotros merecáis y él desearía, ante vosotros hable una alta y consagrada personalidad, de tantas que han pasado por el Senado argentino. Recordad sólo a quien me envía, y permitidme acogerme al amparo del recuerdo para retemplar en él mi espíritu al dirigirme a vosotros.

Traemos el sentimiento argentino que palpita al

otro lado de Los Andes y fiel intérprete, os lo transmito: hemos sentido por vosotros admiración y respeto.

Al renovarse en este siglo los días borrascosos de la "patria vieja", sagrada por ser patria, venerada por ser vieja, hemos pensado con tristeza en la crueldad del destino que, así como robó aquella su éxito, pero no su gloria hoy, al conmemorarla un siglo después, amarga con duelos nacionales las explosiones de alegría. Ante esos duelos nos inclinamos con respetuoso recogimiento y pesar profundo.

Al plantearse la elección presidencial, desaparece un Presidente que era un gran ciudadano y un patriota; apenas salvado el anorme vacío, desaparece también un Vicepresidente en que el pueblo depositaba fe patriótica y sincera, y el huracán no ha perturbado a la nave que, firme en su ruta, persigue serena su destino, y después de hacer descender en el asta su bandera para honrar a los ilustres muertos, la iza de nuevo al tope para saludar a la patria que avanza triunfante para vivir un segundo siglo de libertad.

Ante esa firme serenidad de pueblo y Gobierno de una nación que el mundo observa, ante la solidez del patriotismo que os inspira, hemos pensado que la joven nación chilena da un alto ejemplo a viejas y aleccionadas nacionalidades, y os hemos admirado agigantando vuestro Centenario con el solemne y augusto sacrificio ante las aras de la patria, de todo interés pequeño, de toda ambición y de rivalidades perturbadoras.

Hacéis obra grande para vuestra patria, para América, porque enseñáis al mundo que el antes despectivo "South America", es ya honroso nombre de naciones fuertes, seguras de sí mismas, que la dignifican y enaltecen.

Mantenéis en la historia vuestro bien ganado título de la primera nación que, después de 1810, triunfó del desorden y de la anarquía; honráis la memoria de vuestros próceres, y buscando lecciones en su ejemplo, pensáis, sin duda, en O'Higgins a orillas del Maipo, poniéndose a las órdenes de su adversario ante el anuncio de la invasión de Osorio; en San Martín declinando el mando supremo al entrar triunfante en la ciudad que fundó Valdivia; en O'Higgins, abdicando ante la junta de notables de Santiago; pensáis en más recientes hechos: en Varas, en Baquedano deponiendo sus candidaturas a la Presidencia; en Balmaceda, cerrando con la tragedia de su muerte la tragedia de la guerra, resultando consigo el blanco de las iras, para inmovilizar los dardos en los arcos tendidos por la discordia civil.

Ningún homenaje más alto puede rendir un pueblo a su patria, ninguno más grato, que mostrarse al mundo digno de ella; nuestro saludo a Chile es un aplauso al civismo de sus hijos.

Podéis avanzar tranquilos hacia el nuevo siglo que se abre en vuestra historia; podéis esperar sin zozobra las dichas y adversidades que se preparen. Sois la raza de fuertes destinada a dominar este hermoso suelo, sois la raza vigorosa que él engendra, porque la necesita vigorosa y como la necesita la plasma.

Con un desierto al norte. Los Andes al oriente, el Pacífico a occidente, y esparcido al sur el territorio en islas marítimas, se necesita el músculo de acero para abrir la calichera en el desierto y hacer el erial fecundo convirtiendo el salitre en oro; se necesita el músculo de acero para arrancar de la mina el cobre, el oro, el cobalto y la plata de Coquimbo y Atacama, el carbón en Antuco; se necesita

el músculo de acero para el fecundo trabajo agrícola en el valle que circunda la montaña; se necesita el valor sereno del marino para arrancar al mar la riqueza pesquera del sur.

No; en esta lucha activa y fecunda de esfuerzo y de trabajo no puede relajarse el músculo pujante que escala Los Andes; no puede descolorarse la rutilante sangre heredada de la raza de Arauco y de los más vigorosos hijos de la Madre Patria.

Un siglo ha corrido. Para reparar el desastre de la Patria Vieja, conquistásteis la independencia y libres ya, habéis triunfado en tres guerras; habéis devuelto al comercio el puerto de Valparaíso después del bombardeo; se lo devolvéis de nuevo después del terremoto; haréis resurgir a Valdivia saneada y bella después del incendio; si es verdad que es efímera la dicha, verdad es también que sabéis triunfar de la adversidad.

¡Honor a vuestra infatigable labor!

Durante siglos el Atlántico ha sido el mar de la civilización, el Pacífico el mar misterioso de las tempestades, con riberas alejadas de las grandes corrientes humanas; vosotros, más aislados, habéis llenado con vuestro esfuerzo lo que el fácil concurso no os traía, y vuestro progreso, vuestra población, si son más lentos creciendo, son más vuestros; Chile avanzó por su acción, se pobló con sus propios hijos.

Pero ya el Pacífico se ha abierto a las corrientes mundiales, ya es uno con el Atlántico; ligados hoy por el riel, los territorios ya son uno, y uno debemos ser los pueblos, confundidos en la misma acción de propio engrandecimiento.

Ese es el voto que os traigo del Senado argentino.

Nos conocemos bien chilenos y argentinos. Hermanos confundidos en la epopeya de la Independencia, adversarios más tarde, nuestras armas no se han cruzado, pero hemos luchado con ardor, con encono a veces en el terreno del derecho.

En esa lucha, más que en aquella confraternidad, se funda mi fe inquebrantable en nuestra sincera amistad. El aprecio mutuo de hombres y naciones no es jamás firme y veraz sin estimación digna; sin recíproco respeto, nacidos de la conciencia de la lealtad ajena; y el temple de esa lealtad, la nobleza del propósito, se aquilata y se prueba mejor en el andar de la lucha que en la placidez de amistosa inteligencia; el que ha sido adversario leal no puede nunca ser desleal amigo.

Cada cual con su derecho, cada cual con sincero patriotismo, vosotros y nosotros cumplimos nuestro deber; por eso nos estimamos; nos conocemos leales; por eso el histórico abrazo del Estrecho fue noble y fecundo, por eso son inmovibles los pactos de 1902, que no cierran una lucha, sellan una unión. En las alturas que hemos traspuesto para encontrarlos la sellan los hitos de la cumbre y de la Iglesia, columnas de hierro que son monumento de esa unión, que son la obra patriótica de los Gobiernos; la sella el Cristo de Los Andes con su augusta bendición, la imagen sagrada que erigió la piedad de los dos pueblos, su fe de que el alma popular sancionaba los pactos que preparó la diplomacia.

Chile y la Argentina esperan a sus nuevos mandatarios; cambiarán los gobernantes, pero el sentimiento nacional, no. La República Argentina ha oído con placer sonar en labios de su Presidente electo, una frase que es un programa y que ha sido su doctrina; permitidme repetirla en este agosto recinto, como expresión del pensamiento del Senado argentino que me envía: "todo nos une, nada nos separa", ha sido la frase que ha repercutido

en toda Sudamérica, encarnando el sentimiento tradicional argentino; ¡que sea de todos escuchada como su noble sinceridad merece! En cuanto a nosotros, que de hoy en más, la conciencia del esfuerzo común, de la acción concordante, del progreso realizado, sea vínculo de una unión mayor, sea coronada por el brillante porvenir que chilenos y argentinos tenemos el deber de conquistar.

Termina ya mi honroso cometido y no cumpliría debidamente mi misión, si después de saludar en el Chile de 1910 al Chile heroico de la Patria Vieja, no me inclinara reverente ante vuestros recientes duelos, y honrando la memoria de sus hijos esclarecidos, no honrara una vez más a la patria que amaron.

Vinculados los hechos en la historia, unidos están en el tiempo el Centenario argentino y el chileno, son una sola palpitación de júbilo a través del continente. Ayer vosotros honrásteis nuestras festividades con la presencia de vuestro primer mandatario; hoy nosotros os retribuimos la bien agradecida distinción. Ayer, don Pedro Montt, vuestro esclarecido Presidente, cruzaba vuestro suelo entre ovaciones de ardiente simpatía, ayer regresaba dejándonos una deuda de gratitud aún no pagada, que volvió a su patria trayendo menos de lo que nos dejaba; el gran ciudadano chileno recogió menos aplausos de nuestras palmas, que afectos y adhesiones dejó en las almas argentinas.

A pagar esa deuda sagrada venimos hoy. El, y su digno sucesor, don Elías Fernández Albano, ausentes de entre nosotros, nos escuchan desde lo alto; nos ven saludar con respeto la banda de autoridad que cruza hoy el pecho de otro distinguido ciudadano, la banda presidencial que es siempre enseña de la patria, que es timbre de honor, condecoración gloriosa sobre el corazón del gobernante, como ellos, justo y grande.

Nos ven y nos escuchan; su espíritu vive entre nosotros; con nosotros oirán en Santiago y en Buenos Aires, resonar el sagrado hosana en el templo del Señor, lo himnos a la patria que honraron con nosotros ven a las naciones asociarse al júbilo de Chile, y como llegan hasta ellos los cánticos de un pueblo a su Madre Patria, les llega también el himno silencioso que de cada corazón se eleva con el recuerdo de amor y de veneración de sus conciudadanos.

Para ellos la patria era todo, honrarla su gran anhelo; cumplamos pues su voluntad suprema y en estos solemnes días, honramos a Chile por ellos y por nosotros.

Cumplidla vosotros llevándolos en la mente al rendir cada homenaje a vuestra patria; nosotros la cumpliremos también, que es justicia tributada a sus virtudes, que es honrada gratitud a los que fueron paladines inquebrantables de la paz y la confraternidad de dos naciones, nacidas juntas a la historia para pasar unidas a ella.

Señores senadores, señores diputados:

En nombre del Senado argentino os reitero sus congratulaciones y saludo.

#### VII. Discurso de don Moisés Ascarrunz, a nombre del Congreso boliviano

Excmo. señor Vicepresidente de la República de Chile, Excmo. señor Presidente de la República Argentina, Excmos. señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios, señores delegados, senadores y diputados, señores: Elegido por el Senado de mi patria para rendir a Chile homenaje de admiración



y simpatía, cábeme el alto honor de concurrir a este solemne acto en representación de aquella alta corporación, no solamente para conmemorar la gloriosa efeméride que se celebra, sino para hacer también manifestación franca, decidida y amplia en favor del sentimiento americanista.

Motivo es de regocijo, algo más: es motivo de noble y legítimo orgullo para Chile el ver congregada la mayor parte de las naciones civilizadas del globo para demostrarle la satisfacción que experimentan al contemplar los progresos y adelantos que ha realizado este pueblo en cien años de vida independiente, poniéndose al nivel de las naciones que llevan la enseña de los grandes esfuerzos intelectuales y materiales de los tiempos modernos.

El poder de la inteligencia se manifiesta vigoroso y fuerte en la idea creadora y en el esfuerzo que realiza y ejecuta. La idea inicial es el alma; la acción es la vida, es el esfuerzo que alienta lo inmaterial, denominándose después ciencia o arte.

En cien años —que pasan fugaces en la vida de los pueblos— Chile se ha colocado a la cabeza de la civilización sudamericana, acrecentando su poderío y sus riquezas y poniéndose al nivel de los pueblos que los consiguieron en miles de años de titánica lucha. Chile ha vencido al tiempo con su denuedo civilizador y a medida que ensancha sus fronteras, se aproxima a la realización del ideal que todos los ciudadanos del mundo de Colón perseguimos; hacer de la América Meridional una sola entidad, como lo es la América de Washington y de Franklin, la más fecunda, la más rica, la más poderosa de las naciones modernas.

Todos los pueblos que progresan se dirigen en la América del Sur intuitiva y espontáneamente a un fin único; la Unión Americana. La civilización ensancha sus fronteras, rompe las vallas estrechas que la encierran y se universaliza propagándose.

Las rencillas de nuestros pueblos pasan y la civilización se impone, hasta que la Unión Americana sea un hecho en más o menos breve tiempo.

Esta idea germina ya, y desde Patagonia a México tiene apóstoles y propagandistas.

Chile y la Argentina en el sur y México en el norte están llamados a operar esa gran transformación, y no está lejano el día en que todos los que amamos nuestra patria, nos llamemos los americanos del sur, sin más distinción de nacionalidades.

El esfuerzo gigantesco que ha hecho Chile en favor de esa gran expansión, es sorprendente: le hemos visto reconstruir Valparaíso sin vacilar ante el temor y la predicción de nuevas catástrofes; le hemos visto acrecentar su Ejército y su Marina, y nos ha exhibido su poder naval en un solemne acto que ha provocado la satisfacción de Inglaterra y del Japón y de Alemania y la admiración de todas las demás naciones. Después hemos visto al pueblo chileno sobreponerse a su acerbo dolor y acudir con la sonrisa en los labios a recibir a los que venían de otros pueblos a rendirle el homenaje de sus consideraciones, dando la prueba más elocuente y brillante de que sus instituciones están constituidas sobre una base incommovible. Este pueblo, así formado y constituido, merece ser el heraldo del americanismo del sur y de la unidad de los pueblos latinos en el Nuevo Mundo, sirviendo de ejemplo de laboriosidad y de grandeza en esta parte del continente.

Hoy, que celebra su fiesta gloriosa y que el pueblo vitorea la Independencia que ha sabido sostener acrecentando sus progresos y poderios, une Bo-

livia su acento a la aclamación universal, y a los votos de simpatía y afecto que se elevan en favor de la República de Chile\*.

#### C) COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE

#### VIII. Discurso de don Luis Izquierdo

Señores Presidentes, Excmos. señores, señoras y señores: El monumento que vamos a erigir en este sitio, en cumplimiento de una ley de la República, simbolizará la gratitud de los chilenos a los hombres ilustres de la Independencia. Simbolizará también las glorias de la República y será una lección eterna, dictada por la piedra y por el bronce, que hablará con orgullo de nuestra historia de un siglo y estimulará en el alma nacional los sentimientos nobilísimos del amor a la patria.

Los acontecimientos que conmemorará este monumento se pierden en la gran tragedia histórica que se desarrolla en las primeras décadas del siglo pasado. Son, en realidad, acontecimientos de segundo orden. Eran colonias humildes de un imperio glorioso, atribulado por convulsiones internas e invadido por las águilas napoleónicas, las que luchaban en remotos confines de la tierra por romper las ligaduras de su independencia. La lucha misma, prolongada por años e iluminada con terrible frecuencia por el fuego de los combates, no tenía proporciones que hubiesen podido fijar las miradas del mundo en la época en que la Europa entera no era sino un inmenso campo de batalla.

Aquellos acontecimientos, con todo, que en su tiempo pasan casi inadvertidos, marcan el comienzo de una de las más fecundas revoluciones de la historia. Las repúblicas que nacen de las colonias españolas recorren en un siglo el camino que las separaba de la cultura que habían alcanzado las naciones más viejas de la tierra; y hoy siguen adelante, en marcha hacia el progreso, en marcha segura y triunfal.

Después de trescientos años de vida impersonal, sin contacto con el mundo, sin contacto con las ideas que se disputaban su predominio, sin contacto con la civilización que hacía en otras partes su obra incesante de perfeccionamiento, los criollos hispanoamericanos asimilaban casi por instinto y de manera maravillosa los principios de los filósofos que, en nombre de la dignidad humana, querían restablecer el Gobierno representativo, de origen popular, y las libertades de la antigüedad clásica.

Y fue en las colonias de América donde el anhelo de reforma de los pensadores que encendieron la hoguera sangrienta de la revolución francesa, encontró más rápida y más feliz realización. La democracia sajona de los Estados Unidos fue y continúa siendo ejemplo elocuente de pujanza y de grandeza. La democracia latina de las naciones de nuestro continente, es, teóricamente, ejemplo de organización de gobiernos populares, y será pronto, cuando el orden se afirme y cuando la ley escrita sea la ley practicada, ejemplo de respeto a la soberanía popular y a la igualdad política de todos los hombres.

La independencia de las colonias españolas honra a España, porque no es sino el resultado de un esfuerzo heroico de la propia raza, la raza que conquistó un mundo con un puñado de aventureros, y

\*Textos tomados de *El Mercurio*, Santiago de Chile, 18 de Septiembre de 1910.

produce en las letras a Cervantes y en las artes a Velázquez, cimas altísimas del ingenio humano. Tras largo período de fatiga y de eclipse, olvidada de su nobleza y de su genio, la raza española despierta al calor de grandes ideales y lucha en estos suelos contra sí misma, por un porvenir de democracia y de libertad, que hoy vemos realizado.

El monumento que elevará aquí sus columnas al cielo, hablará de la gloria de los precursores de la Independencia, de los hombres superiores que leían, a pesar de las aduanas, que pensaban cuando era un delito pensar, que soñaban en quimeras que habrían sido un crimen, y que en medio de nuestro letargo colonial pronunciaron, acaso sin saberlo, la palabra de Cristo a Lázaro. Hablará de la gloria de los hombres de acción y de los capitanes y soldados que mantuvieron la revolución armada. Hablará de la gloria de los hombres que organizaron la República y dictaron las libres instituciones que nos rigen.

Señores, la gratitud nacional paga una deuda a los padres de la patria. La República que ellos fundaron vive feliz al amparo de esas instituciones, que se sobreponen a los hombres y que habrán de hacer la felicidad y la grandeza de Chile.

#### IX. Discurso del señor Ministro argentino Carlos Rodríguez Larreta

Señores: En el mes de mayo se colocaba en Buenos Aires la piedra fundamental del monumento a la Independencia argentina; hoy colocamos en Santiago la primera piedra del monumento a la Independencia de Chile. El espacio de tiempo que ha mediado entre las dos ceremonias es el mismo que medió entre las fechas iniciales de las dos revoluciones. Allí estaban los representantes del Gobierno y del pueblo de Chile, como estamos aquí los representantes del Gobierno y del pueblo de la nación argentina.

Sin embargo, el 25 de mayo y el 18 de septiembre no recuerdan movimientos solidarios. Nuestros Cabildos no se prestaron recíproco concurso en los preliminares de la revolución. La epopeya no se abrió hasta que la España pudo restablecer su situación en Europa; y cuando se irguió altivamente para recuperar sus colonias rebeldes, entonces se forjaron nuestros vínculos, en el infortunio, en la pelea, en el fuego de la guerra y en el rayo de la victoria.

Fueron los acontecimientos posteriores a 1810 los que ligaron nuestra historia con la vuestra; pero la ligaron, en verdad, tan estrechamente que los dos monumentos, cuyas piedras fundamentales hemos colocado, podrían ser idénticos; representar las mismas figuras marciales; tener inscriptos los mismos nombres de las mismas batallas; ser burilados por el mismo artista en el mismo bloque de granito; hasta podría ser un sólo monumento erigido en la montaña por las dos naciones sobre la ruta del ejército con que San Martín y O'Higgins atravesaron los Andes.

Nos une la gloria. Es el vínculo más fuerte que pueda existir entre naciones de nuestra raza. Somos por igual altivos y belicosos. Recordamos a menudo el pasado; tenemos orgullo de la historia; lo primero que enseñamos a los niños en las escuelas es el nombre de los héroes y de las victorias; les contamos que nuestros soldados no fueron jamás vencidos y que nuestras banderas fueron siempre recogidas sin baldón de todos sus campos de batalla. A cada momento y en toda ocasión hablamos del Ejército de los Andes, de sus jefes, de sus hazañas legen-

darias, de que atravesaron la Cordillera y surcaron el Océano, y cuando todo eso decimos en la República Argentina, honramos —y honraríamos aunque no lo quisiéramos— el nombre de Chile y el valor de sus soldados.

¡Y pensar que hemos estado a punto un día cruzar nuestras armas por mezuinas querellas!

Si lo hubiéramos hecho, yo pregunto: ¿Cómo habríamos podido celebrar nuestros centenarios? ¿Habríamos podido celebrar nuestros centenarios? ¿Habríamos separado, acaso, los nombres de San Martín y O'Higgins? ¿Qué habríamos dicho al pie de sus estatuas? ¿Habríamos omitido en el arco triunfal de nuestras calles las palabras "Chacabuco" y "Maipo", porque en esas victorias mezclaron su sangre chilenos y argentinos? ¿Habríamos podido olvidar vosotros que nuestros soldados contribuyeron a reconquistar la Independencia de Chile y habríamos podido olvidar nosotros que San Martín ciñó vuestros colores y enarboló vuestra bandera para consolidar definitivamente con la toma de Lima la emancipación americana?

¡Ah!, Looado sea Dios que nos ha permitido cumplir nuestro deber. Hoy borramos el tiempo y la distancia; confundimos pueblos y gobiernos, regimientos y banderas; pronunciamos juntos los nombres de nuestros mayores que lucharon unidos y reconocemos, en fin, la fraternidad que nos imponen las glorias del pasado.

Celebra Chile el Centenario de su Independencia y erige este monumento en una hora singular, justamente cuando dolorosas circunstancias han sometido a dura prueba la resistencia de su organización política.

Perdió primero al Presidente Montt, que era un modelo de virtudes republicanas, respetado en América como uno de los grandes ciudadanos del continente y acatado, sobre todo, en su país por las pasiones extremas y antagónicas de todos los partidos. Y no bien repuesto de su gran dolor el pueblo chileno; apenas iniciado el proceso para la renovación del Poder Ejecutivo, en medio de las agitaciones que en ese acto trascendental provoca en los países republicanos, muere también, inesperadamente, el reemplazante de don Pedro Montt en el Gobierno. Entonces un Ministro del Poder Ejecutivo asume el mando supremo de la nación; nada se perturba en el país; esos cambios se operan tranquilamente; los preparativos de la elección presidencial siguen su curso pacífico; los partidos políticos se organizan y se mueven en orden y el ejército chileno honra la muerte de sus jefes, pero ninguna aspiración personal conturba su disciplina ni agita el alma de sus soldados.

Lo he nombrado, al fin; es el héroe de la guerra y de la paz; conquistó la Independencia y asegura la libertad; hizo de Chile una nación y por él ha podido fundarse en esta tierra una democracia orgánica; nunca ha buscado la gloria en el escándalo, porque tiene la verdadera religión del soldado, que consiste en velar, oscura y silenciosamente, sus ayms hasta que la patria le manda levantarlas. En el pedestal del monumento que se erija sobre esta piedra pondrá los nombres de sus jefes y de sus acciones inmortales.

Es el ejército de Chile, señores, gloria vuestra y ejemplo de América.

He dicho.

#### X. Discurso de don Ramón Angel Jara

Faltaría, señores, a mis deberes de ciudadano si en hora tan solemne para la historia americana me resistiese a obedecer al mandato que en nombre del patriotismo y de la amistad acaban de imponerme

los más altos magistrados de la Argentina y Chile.

Confundido con mis hermanos y compatriotas, regocijábame en silencio con este cuadro incomparable que se ofrece a nuestra vista. Pero vuestra benevolencia, señores, me llama de sorpresa a esta tribuna, y subo a ella en cumplimiento de mi deber.

No buscaré ideas, porque no las necesito.

Me basta traer el corazón caldeado por el amor de la patria, nombre bendito que no necesitamos pronunciar, porque los rayos del sol de septiembre nos están diciendo que hoy es el aniversario de nuestra emancipación política, de nuestra libertad soberana.

¡Señores! La colocación de la primera piedra de un arco monumental al Ejército y la Marina de Chile es una obra de justicia y de gratitud por excelencia, que debemos celebrar en el presente Centenario. En ninguna parte de la ciudad podría colocarse esa primera piedra mejor que aquí, a la entrada del Campo de Marte, porque éste es el sitio en que nuestros niños han aprendido a ser soldados.

El distinguido y brillante orador que lleva en sus manos la cartera de Relaciones Exteriores de la República Argentina, nos acaba de decir, en su magistral discurso, que no habríamos podido, chilenos y argentinos, cruzar nuestras espadas en el campo de batalla, porque habría sido preciso primero borrar de la historia los nombres de O'Higgins y de San Martín, e impedir que se grabaran los nombres de Chacabuco y Maipo en los arcos de Victoria. Yo me permito completar el pensamiento del señor Ministro argentino, diciendo que después de este abrazo fraternal dado hoy en la capital de nuestra República, como lo dimos ayer en la capital de la República Argentina, para poder olvidar estos juramentos solemnes de amistad, sería preciso cerrar las bocas del túnel que une a Chile con la Argentina por entre las entrañas de la Cordillera, y sería preciso tener que arrancar de la cima de los Andes la estatua del Cristo Redentor, a cuyos pies tuve el honor de decir en el momento de su erección: primero se desplomarán nuestras montañas y se secarán nuestros mares antes que chilenos y argentinos olviden el juramento de paz que hemos sellado al pie del Cristo Redentor.

Al través de esas montañas pasaron, como lo acaban de decir los distinguidos militares y marinos que me han precedido en el uso de la palabra, patriotas, guerreros y estadistas, armas y cañones; pero lo que a nosotros nos ha sido permitido contemplar es ver pasar por esas montañas a las damas argentinas y a las madres de nuestra patria. Son ellas, las damas argentinas, las herederas de la sangre de aquellas ilustres patricias que, en la hora más decisiva de nuestra Independencia, se desprendieron de sus collares y brazaletes de oro para que se fundieran los cañones redentores de Chacabuco; ellas son las herederas de aquella ilustre argentina, la señora De Silveira, que no quedándole más que un hijo, lo entregó a la patria, diciendo estas palabras, dignas de una mujer espartana: "Muera yo de dolor antes que muera la patria por falta de soldados."

Por lo mismo que he vivido en el Ejército muchos años de mi vida; por lo mismo que están empapadas mis sotanas con sangre de nuestros soldados y con las lágrimas de sus viudas y de sus huérfanos; por lo mismo que he recogido la única sangre que los soldados de mi patria no han podido derramar, como fue la sangre que corre por las venas de sus hijos; por lo mismo que en la Escuela Naval de Valparaíso he podido ver de cerca cómo se forman los marinos chilenos, esa escuela a la cual entran

los niños para que después el mar los devuelva trocados en gigantes; porque he conocido los sacrificios de nuestro pueblo, que jamás ha economizado su sangre, por eso digo que el arco monumental al Ejército y la Marina de Chile es la obra de justicia sagrada que con mayor razón puede realizar nuestra patria.

Yo no conozco las líneas del futuro monumento; si va a ser de granito o de mármol, no lo sé; lo que sé, sí, es que será estrecho para dar cabida a los nombres de todos nuestros guerreros, soldados o marinos.

No sé qué figuras van a coronar el arco de triunfo; pero el corazón me dice que quedará lugar para poner en él la figura de nuestro pueblo, del heroico pueblo chileno, que siempre marcha al combate a la vanguardia; que nunca, que jamás, retrocede ante el enemigo. Lo que sé es que flotará en ese arco la bandera querida, ese pabellón de Chile, que una vez enarbolado al tope de una nave, o colocado al frente de un ejército, jamás se rinde, porque la historia lo dice, señores: ese tricolor sabe encontrar camino para sepultarse en los mares, y sabe abrirse paso hasta entre las llamas de los más voraces incendios.

Finalmente, conciudadanos y hermanos argentinos, ya que vosotros, en mayo pasado, tuvisteis la gentileza de honrar a la patria chilena, colocando la primera piedra del monumento destinado a honrar la memoria del padre de nuestra patria, don Bernardo O'Higgins, yo ahora hago votos porque al lado del tricolor querido flamée también en el arco de nuestras glorias la pura, cándida y hermosa bandera de la nación argentina.

A la verdad, señores, no podemos dudar que a los dignos embajadores que representan al mundo entero dándonos los parabienes en este Centenario del desposorio que nuestro país celebró con la libertad, ha de serles grato volver a Europa diciendo: hemos visto un pueblo joven y robusto, que está dispuesto a soportarlo todo antes que consentir que una sola mancha caiga en el tricolor de sus glorias.

Y para que veáis, señores, hasta dónde es sincero el sentimiento de confraternidad americana que nos distingue en estos momentos, creyendo interpretar los pensamientos de dos gobernantes y del pueblo chileno, hago votos en esta hora solemne porque cuanto antes veamos entrelazadas con nuestra propia bandera el único pabellón que falta hoy en este consorcio de confraternidad continental.

Poco antes de subir a esta tribuna, el distinguidísimo Embajador de los Estados Unidos estrechaba mis manos, diciéndome estas hermosas palabras: "Toca a la Iglesia apurar la hora de la reconciliación entre todos los pueblos hermanos". A esa noble aspiración respondo con todos los afectos de mi alma, expresando el deseo de que cuando se corone la obra del monumento que hoy se inicia vuelvan a encontrarse reunidas aquellas tres banderas que la mano de San Martín enlazó en los campos de Ayacucho, esto es, que vuelvan a flotar al viento enlazadas con vínculos de fraternal amor el tricolor querido de Chile entre el sol espléndido del pabellón argentino y el sol de los incas, que alumbra todavía a los hijos del Perú.

#### XI. Discurso del General don Vicente Palacios

Excmos. señores Presidentes, señores Ministros, señores Embajadores; señores: En todas las épocas, las naciones han exteriorizado sus glorias militares, erigiendo monumentos que rememoren sus episodios guerreros y las hazañas de sus héroes.

Desde los tiempos más remotos, todos los pueblos han pagado ese tributo de gratitud, y Chile, nación de no corta historia militar, no podía ser una excepción a esa regla invariable y hoy inaugura, en el aniversario del primer Centenario de su vida libre y soberana, la erección de un monumento que reunirá toda su vida militar en un siglo de existencia.

La historia patria se inicia con la grandiosa epopeya de su Independencia, que tuvo su brillante coronamiento en los campos de Maipo el 5 de abril de 1818, donde el gran San Martín selló nuestra emancipación política.

Para alcanzar el triunfo de tan legítimos ideales, ¡qué cruentos sacrificios soportaron patriotas tan insignes y qué de gloriosas hazañas tuvieron que realizar para vencer, sin elementos y sin dinero, a una de las naciones más poderosas y más guerreras de la vieja Europa!

Después del heroico desastre de Rancagua, donde el ilustre O'Higgins, al mando de la vanguardia del Ejército chileno contiene, durante 36 horas, con un puñado de hombres, a 5.000 soldados realistas que marchan sobre Santiago, este gran patriota dirige la emigración a Mendoza y allí, junto con San Martín, y bajo sus órdenes, organiza el Ejército de los Andes, que más tarde debía contribuir a la emancipación de la mitad de la América.

Transcurren dos años y, preparados para iniciar la campaña, transmontan los Andes por Uspallata, y el 12 de febrero de 1817, O'Higgins, con la vanguardia del ejército patriota, vence completamente a los realistas en la cuesta de Chacabuco.

Invadido nuevamente Chile por fuerzas realistas venidas del Perú, chocan en Cancha Rayada en la noche del 19 de marzo de 1818. Sorprendidos los patriotas en este hecho de armas, sus tropas se desbandan y el bravo O'Higgins, herido gravemente, alienta a sus soldados con la palabra y con el ejemplo; siendo inútil toda resistencia, se retira hacia el norte.

La noticia del desastre llega a Santiago exagerada en tal forma, que todos creyeron el descalabro completo e irreparable; pero, luego se sabe, por el primer parte de San Martín, que el Ejército se retira en orden y que los dispersos se reúnen en San Fernando.

O'Higgins, a pesar de su herida, marcha hacia Santiago y reasume el mando del Estado. Ni los dolores físicos ni la conmoción moral doblegan la entereza de su carácter enérgico e inquebrantable.

El 25 de marzo, llega San Martín a Santiago; el 27 sale a la cabeza de dos mil hombres, a situarse en el llano de Maipo, y dos días después, se reúne con las tropas salvadas del desastre de Cancha Rayada.

Los realistas, hebrechos de las pérdidas sufridas en la sorpresa del 19, se ponen en marcha hacia el norte, con el manifiesto designio de burlar al ejército patriota y ocupar Santiago sin empeñar combate, pero San Martín, que comprende el plan del enemigo, mueve su ejército y le sale al encuentro.

El 5 de abril, realistas y patriotas se hallan a la vista y al amanecer las avanzadas principian a batirse. A mediodía la batalla se inicia en toda la línea y después de sangrienta lucha, a la tarde, la victoria se decide a favor de la causa de Chile.

En los momentos en que se produce la derrota realista, O'Higgins llega al campo de batalla y corriendo, se dirige donde San Martín, le abraza diciéndole, lleno de emoción: "Gloria al salvador de Chile". "General, le contesta San Martín. Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que

en el día de hoy se presenta al campo de batalla en ese estado". Sublimas palabras que caracterizan la grandeza de alma de aquellos héroes y que reflejan la fraternal amistad que sin emulaciones y sin envidias le unió hasta su muerte.

La victoria de Maipo es una de las más decisivas que registra la historia militar, y con ella quedó sellada la Independencia de Chile. Los héroes de esa campaña, San Martín, O'Higgins, Carrera, Zenteno, Balcarce, De la Cruz, Lastra, Las Heras, Freire, Blanco Encalada, Borgoño, Prieto, Quintana, Bueas, López, Alvarado, Rivera, Manuel Rodríguez y tantos otros, se immortalizaron por sus talentos militares y coraje indomable, y sus nombres gloriosos serán los primeros que se esculpirán en el bronce de este monumento.

Después de Maipo, O'Higgins no descuida su colosal proyecto de formar una escuadra que conduzca la expedición al Perú, y a costa de grandes sacrificios consigue realizarlo, haciéndose a la vela con rumbo al sur, el 10 de octubre de 1818, los barcos: "San Martín", "Lautaro", "Chacabuco" y "Arauco", al mando de Blanco Encalada. El 28 de ese mes, captura la fragata española "María Isabel", en Talcahuano, y en los primeros días de noviembre apresa al resto de la flota enemiga, terminando así brillantemente la primera expedición de la primera escuadra chilena.

Libre el mar de naves enemigas y destruidas aquí las huestes españolas, San Martín, con el entusiasta apoyo del Director O'Higgins, lleva también la libertad al Perú, centro de los recursos bélicos de España en estas regiones. Aquella brillante expedición, dirigida por ese gran capitán, y en que tantas proezas hicieron el ilustre Cochrane y sus tenientes Simpson, Byron, etc., ocupó triunfante a Lima y proclama allí la Independencia del Perú.

Los episodios guerreros siguen desarrollándose en el sur de Chile hasta el año 1826, quedando desde entonces libre el territorio de tropas realistas.

En 1837, Chile se ve nuevamente amenazado por la ambición del general boliviano Santa Cruz, quien proyectaba una confederación que hacía peligrar la integridad nacional.

Para desbaratar tales pretensiones, el Gobierno de Chile, inspirado por el gran estadista Portales, envía expediciones a las órdenes de Blanco Encalada, primero, y después, a las del general Bulnes. En esta última y gloriosa campaña, el ejército chileno se bate con heroísmo en todas partes y después de vencer a las huestes de Santa Cruz en Portada, de Guías, Matucana y Puente de Buin, los derrota completamente en la sangrienta batalla de Yungay, el 20 de enero de 1839, quedando allí destruida para siempre la famosa confederación Perú-boliviana.

El nombre de Bulnes, que ya se había distinguido en las campañas del sur contra las últimas fuerzas realistas, y los de sus colaboradores: Cruz, Baquedano Fernando, los García, Godoy, Maturana, etc... de sobra merecen figurar en el número de los héroes que Chile cuenta en el arsenal de su historia.

Desde nuestra emancipación política hasta hace pocos años, la parte del territorio que forma hoy las provincias de Bío Bío, Arauco, Malleco y Cautín, fue un campo de continuos combates con los descendientes de Caupolicán y Lautaro. Esas tribus salvajes dominaban completamente aquellos territorios y sus incursiones mantenían en permanente alarma a las comarcas vecinas, llevando sus actos de inaudito coraje hasta destruir plazas fortificadas.

Resuelta por el Gobierno la dominación definitiva

va de esas regiones, se inicia el avance de frontera, y en los veinte años, comprendidos entre 1862, que es ocupado Angol, y 1882, que se toma posesión del fuerte donde estuvo fundada la ciudad de Villa Rica, queda incorporado a la República todo ese territorio que, durante tres siglos y medio, ocuparon los indómitos araucanos.

Los generales Saavedra, Pinto, los dos Urrutia, los Barbosa, Villalón, etc., tienen derecho a figurar en el libro de oro de nuestra historia militar y sus nombres, con justicia, ocuparán un lugar en este monumento.

En la brillante campaña de 1879, que Chile tuvo que sostener contra dos naciones hermanas, el coraje y patriotismo de sus hijos se mantuvo a la altura de sus gloriosos antecedentes.

Esa memorable campaña, iniciada en forma tan heroica, por el inmortal Arturo Prat, fue un reguero no interrumpido de gloriosos hechos de armas y de acciones brillantes. Sus generales y personal a sus órdenes, hicieron derroche de talentos militares y de abnegación sin límites, para soportar fatigas y penalidades en las ardientes pampas del desierto y en las escabrosas sierras de los Andes.

Desde Pisagua hasta Miraflores, que nos abrió las puertas de la orgullosa mansión de los Virreyes, fue una continua marcha triunfal.

Arteaga, Escala, Baquedano, Villagrán, Sotomayor, Lynch, Saavedra, Lagos, Maturana, Velázquez, Urrutia, Amengual, Amunátegui, Gana, Barbosa, Urriola, Barceló, Martínez, Gorostiaga, Eleuterio Ramírez y Carrera Pinto, que encarnan en el Ejército el heroísmo sublime; Williams Rebolledo, Riveros, Latorre, Condell, Thompson, Orella, Serrano, Riquelme, etc.,... y los grandes patriotas, Ministros de Guerra y Marina, en campaña, Rafael Sotomayor y José Francisco Vergara, se immortalizaron en esta homérica epopeya, y sus nombres, bien adquiridos, tienen un lugar prominente en las páginas de la historia patria, y con ellos se completará el cuadro de los grandes ciudadanos chilenos que con honra figurarán en este monumento, destinado a perpetuar las glorias militares de la República.

Esta es, señores, descripta a grandes rasgos la historia militar de Chile, que simbolizará el monumento que aquí se levante, la cual, si es cierto que no debe compararse con las de las grandes potencias europeas, que tienen siglos de existencia, cuenta con acciones guerreras tan sublimes como las del 21 de mayo en las aguas de Iquique y la de la Concepción, en las sierras del Perú, donde Prat, Serrano, Riquelme, Ignacio Carrera Pinto y compañeros de sacrificio admiraron al mundo con su heroísmo incomparable, dejando marcada con caracteres indestructibles la ruta que deben seguir para defender sus derechos, su honor y su bandera las fuerzas armadas de la patria.

## XII. *Discurso del Almirante don Lindor Pérez Gacitúa*

Excmo. señor; señores: En estos solemnes momentos en que de uno a otro extremo del país vibra entusiasta el sentimiento patriótico al contemplar el camino recorrido en la primera centuria de vida independiente y soberana, nuestros barcos de guerra izan en lo más elevado de sus mástiles el emblema de la patria y le rinden homenaje extraordinario, estimulando e indicando a las generaciones venideras que el porvenir debe corresponder al pasado.

La marina nacional, al tomar colocación prominentemente en la celebración del Centenario de nuestra emancipación política, cumple con el grato deber

de honrar a aquellos que concibieron la idea de la libertad y lucharon por conquistarla y cimentarla sólidamente, no obstante las grandes dificultades que hubo que vencer y que les impusieron supremos esfuerzos y heroicos sacrificios.

Los primeros movimientos de la Independencia y la larga y porfiada guerra que encendió el pecho de todos los chilenos, sólo tuvieron por teatro nuestras ciudades y nuestros campos.

O'Higgins es el alma de estos movimientos: la cabeza que dirige, la espada que ejecuta.

Infatigable y audaz, impetuoso y temerario hasta el delirio, condujo a nuestros batallones, de combate en combate y de victoria en victoria.

Semejante a un titán de tiempos legendarios, no descansa ni da tregua a sus bélicos ardores, y si aparentemente reposa es para combinar nuevos planes y acopiar nuevos recursos.

Abrumado por el número y reducido su Ejército a un puñado de hombres, resiste porfiadamente en Rancagua, última etapa de la Patria Vieja. Comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre sus hombros pesaba, que su sable de batalla tenía filo suficiente para seguir después la pelea, y que no debía ser sepultada en aquel sitio de tanta destrucción y heroísmo, rompe impetuosamente las filas enemigas y corre a poner los jirones de la bandera bajo la protección y el amparo de un gran soldado que en Chacabuco y Maipú selló la Independencia e hizo saber al mundo civilizado que "el territorio de Chile era de hecho y por derecho un Estado Libre, independiente y soberano", palabras estampadas en el documento con que O'Higgins juraba el 12 de febrero de 1818 la Independencia de este suelo.

Empero, la obra grandiosa realizada por San Martín y O'Higgins, y tantos otros ilustres prohombres de aquella época, estaba incompleta. Las puertas del país estaban abiertas y desamparadas, ni un sólo cañón existía en sus costas, ni un sólo barco montaba la guardia en el mar Pacífico de que debíamos enseñorearnos pronto. En cualquier momento podría verse frustrada la labor gigantesca de aquellos invictos capitanes.

Menester era, además, ayudar a nuestros hermanos del norte, destruir el asiento de la resistencia, y cegar la fuente de los recursos que existían a las orillas del Rímac. Ardua era la empresa y atrevido el empeño, agotados como estaban los recursos económicos después de una lucha tan larga y sangrienta: no quedaba una moneda en las arcas y existían pocos hombres en estado de pelea. Pero, allí están O'Higgins y Zenteno, que improvisan naves, funden cañones y hacen brotar legiones dispuestas a la lucha y al sacrificio. Y en la gloriosa fecha 10 de octubre de 1818 se lanzó a la mar la primera escuadra nacional.

Desde entonces la bandera de la República flamea, orgullosa y soberana, a la brisa del Océano.

Memorables son las palabras con que O'Higgins despidió desde Valparaíso a esta débil escuadra, ya que contaba sólo con cinco naves, 142 cañones y 1.100 tripulantes, a este pedazo del corazón de la patria que iba a desafiar al enemigo, a resistir la furia de los mares y a llevar la libertad a un pueblo hermano: "De estas cuatro tablas penden los destinos de la América."

Blanco Encalada primero y Lord Cochrane después, empuñaron el timón de esta ligera flota que sólo llevaba a invencibles capitanes y a soldados que habían jurado enojecer con su sangre las aguas del Océano, antes que tornar vencidos al suelo patrio.

Blanco, para darnos gloria en Talcahuano; Cochrane para vencer en Valdivia y capturar en el Callao el barco, cuyo nombre es legendario en nuestra historia marítima.

Estos ilustres almirantes y Zenteno, como Ministro, son los padres de la Marina, y sus nombres, juntos con los de tantos otros que les han sucedido, figurarán en lugar prominente en el monumento cuya primera piedra se coloca hoy.

La Marina, en cuya representación me cabe la honra de levantar la voz, puede decir con el más legítimo orgullo que desde O'Higgins hasta el presente nuestra bandera ha estado siempre recibiendo las caricias del mar como emblema de paz, de amistad y de progreso; que en las veces en que se ha visto obligada a hacer uso de sus armas o a poner la proa en demanda del enemigo, esa bandera ha tremolado siempre victoriosa, y no será chilena la mano que ose tocar sus pliegues sagrados si no es para levantarla más alto, si cabe, entre el humo del combate.

Al frente del monumento que la gratitud pública va a levantar en este sitio, puede ostentarse como la síntesis de la historia de la marina nacional, como la voz de orden dada a nuestros hombres de mar, las palabras que nuestro inmortal capitán exclamó en los instantes de encender sus cañones para entrar a uno de los combates más sublimes que registran los anales de las guerras navales y que no es del caso repetir, ya que todos los chilenos las llevamos esculpidas en nuestros corazones.

En estos momentos se nos va a dar colocación al lado de nuestros hermanos del Ejército, el cual, como la Marina, ha sabido sostener con gloria y llevar siempre a la victoria la bandera de la patria.

Las generaciones que nos sucedan en el amor y en el servicio de la República, verán en este monumento que los chilenos de la primera centuria, aquellos a quienes estuvo confiada la defensa del país en tierra y en el mar, los han legado un símbolo glorioso que, si alguna vez ha sido derribado, lo fue para caer cubriendo con sus colores el cuerpo de nuestros soldados, o para encontrar honrosa tumba entre las aguas del Océano.

He dicho.

### XIII. Discurso del General argentino señor Saturnino García

Excmo. señor Presidente de la República de Chile; Excmo. señor Presidente de la República Argentina; señores: Es con un sentimiento de exquisito e intenso afecto fraternal, con la atracción misteriosa e invencible de la sangre caballeresca recibida por las corrientes de la gran vaza castellana de nuestra América, que viene mi espíritu rebosante de orgullo y de sana alegría, en esta solemne hora histórica de Chile, a saludar los pabellones de su ejército modelo y a estrechar la mano de sus soldados ejemplares.

Es, también, con el alma henchida de emociones y de los palpitantes recuerdos de nuestras grandes epopeyas, reverdecidos y exaltados por los acontecimientos de que fue teatro mi patria, en los días memorables del Centenario de Mayo —cuando tuvo la suerte de contemplar por primera vez confundidos, en estrecho abrazo, a los herederos del gran patrimonio hispanoamericano—, que vengo yo a saludar a nuestros hermanos de armas, a los preclaros descendientes de aquellos soldados de bronce, cuyas hazañas asombraron y admiraron los ojos de San Martín; y que han perpetuado como un trasunto

del polvo de sus huesos en los manes de O'Higgins, del mil veces heroico capitán y más virtuoso y patriótico ciudadano, todavía, a cuyo nombre, sea que fuere invocado en los días solemnes de la patria, como en la hora de reposante intimidad, vibra el nervio chileno, se levanta y se retempla el latido del corazón americano, conmueven los ánimos viriles de las masas populares y se encienden en las venas y en el alma, ese orgullo inextinguible e insondable del abolengo ilustre transmitido, arraigado, engrandecido y siempre floreciente, al través de las generaciones y a medida que el tiempo va llevando su sangre y acarreamo sus huesos al seno de la madre tierra.

¡Hijos de O'Higgins, gallardos y valientes soldados de Chile, del viejo y arrogante Chile, ha llegado el momento de decirlos lo que toda la América sabe y reconoce, esto es: que cual ningún otro, habéis sabido conservar como fuego sagrado las tradiciones paralelas, civiles y militares, de vuestros ilustres próceres por lo que merecís, en este instante de suprema emoción histórica, que la América entera eche diana, diana épica, entonada por los clarines de todos sus ejércitos, diana gloriosa que lance a los vientos del continente, el eco marcial de las trompas, glorificando vuestras virtudes legendarias y vuestras perennes disciplinas militares!

Y es por mi humilde persona que, de su parte, la familia militar argentina, alborozada, recogiendo el voto sagrado de San Martín, echa diana en homenaje a la selecta familia militar de Chile y se inclina respetuosa ante las inmarcesibles banderas de los hijos de O'Higgins...

Señores y hermanos de sangre y de armas: la piedra fundamental del monumento conmemorativo de vuestra emancipación, es para los chilenos, como lo fue para nosotros, la que le precedió en Buenos Aires, un acto de patriotismo político a cuya definición han venido concurriendo las generaciones sucesivas de un siglo, con regueros de sangre, pero aun con mayores sacrificios y terribles angustias morales de los hermanos muertos en la larga jornada, a quienes corresponde legítimamente la gloria de esa otra epopeya institucional, casi tan grandiosa como la que inmortalizó a los padres de nuestra emancipación.

Las guerras de la Independencia hicieron crujir los Andes y removieron de tal manera la última etapa de la América colonial, que desde entonces, puede decirse, si bien sus hijos comenzaron a vivir la vida propia de su suelo y a experimentar los inefables placeres de la libertad, no es menos cierto, que desde esos mismos días empezaron a sufrir los tormentos y a devorar los grandes infortunios de la anarquía.

¡Oh! ¡sí! tras de las grandes glorias de la Independencia, amanecieron días crueles y siguieron corriendo largas y lóbregas noches para los hijos de nuestra América.

Sobrevinieron esos negros días, cuando ya había traspuesto su horizonte histórico la época de exaltaciones delirantes, de inconcebibles sacrificios, de victorias homéricas, de contrastes espantosos, de alegrías infinitas, de duelos sombríos, de hazañas sobrehumanas... mezclados, confundidos, fusionados los pensamientos y los sentimientos en un sólo y gran ideal, cuando los hombres, las mujeres y los niños de nuestros campos y nuestras ciudades, corrían toda la América alados por el anhelo embriagador de la libertad y el ansia de vivir de una vez por sí y para sí.

Vinieron, sin embargo, días de luto después de las magnificencias de aquel tiempo, en que con el corazón cargado de fuego y de amor, las multitudes

corrían en pos de los ejércitos y, tan pronto éstos desaparecían en la vorágine de las batallas, hacían otra vez los ejércitos, los cuales, a su vez, convertíanse en polvo de la santa tierra, que empapaban con su sangre y desecaban con sus huesos.

¡Era la apoteosis de la infancia nacional, pero era también la apoteosis de la muerte, porque los soldados, hombres y niños morían, y los ejércitos se diezmaban, en la aureola de la gloria y de la sangre redentora! Era época de héroes, la época de los titanes, la época de las almas sublimes, de las multitudes sublimizadas, que existió, ¡parece una visión, un sueño!, y palpité sobre este mismo suelo que hoy pisamos y a cuyo recuerdo suben a mi corazón, oleadas de orgullo y de ardiente devoción patriótica. ¡Pero qué podremos decir de tí, época sobrehumana y qué sacrificios no te debemos los que no sólo somos los herederos de tu excelsa gloria, sino que, todavía, nos ha tocado la privilegiada fortuna de cargar la espada legada por tus héroes y por tus mártires!

Soldados y compañeros: Tras de aquellas imponderables épocas, quedaron las generaciones libres, los hijos emancipados, los pueblos cubiertos de luto y abrumados por el peso de los laureles paternos; pero quedaron también los hombres nuevos y tan deslumbrados ante los horizontes de sus riquezas, como agobiados por la inmensa responsabilidad que echaba sobre sus hombros, la administración de su grande e inesperado patrimonio.

Y desde entonces hasta este día, esas generaciones trascoloniales, empezaron a atravesar su largo siglo doloroso, entre tinieblas y resplandores, entre esperanzas y zozobras, tan pronto al borde del abismo como al reparador abrigo del árbol de las instituciones, una vez acariciadas por la aureola de la libertad y otras salpicadas por el lodo y la sangre de la anarquía y del despotismo.

Durante este siglo de prueba y de grandes infortunios, ¿qué hemos perdido, qué hemos ganado? Y bien, ha sido, asimismo, el gran siglo reparador de la América institucional, de esta viril América, que a pesar de haber caído bruscamente y tras de su era más ilustre, en una negra "Edad Media", no tarda en romper las ligaduras de la ignorancia, de la anarquía y del despotismo, para entrar a la luz de sus antorchas, en su gran Renacimiento y seguir, en jornadas gigantescas, hasta colocarse en las filas avanzadas de la civilización mundial. Siglo de grandes penas, de inmensos desalientos, de obscuras tragedias, de grandes incertidumbres, ha sido el pasado, es cierto, pero siglo de inagotable, de potente y tenaz labor patriótica, digna de la era romana de nuestros libertadores que lo precedió.

Esta es, sin duda, la obra de los hijos de las multitudes sagradas y de los ejércitos diezmados, a lo largo de cien años que, al cumplirse en la transparente atmósfera de nuestras instituciones republicanas, cual si fueran las grandes e inaccesibles cumbres de nuestra cordillera, empiezan a descubrir, a perfilar y a coronar, en cada nación hermana la augusta cúspide de sus fechas, emblanquecida por la nieve del siglo acabado. La historia de las generaciones muertas y la historia de las que gozan la dicha de vivir la existencia nacida en nuestra América, lo sabe y lo dice; así como la historia del porvenir se encargará de consignarlo.

Entre tanto, miremos alrededor, hacia atrás, hacia ayer, sobre el presente; y colocándonos en este punto de mira, erigido en el altar de la patria chilena y de los corazones americanos, veamos el viejo mundo de O'Higgins, de San Martín y de Bolívar, tal como nos lo acababan de entregar las generaciones del siglo terminado.

Por todos lados, en este feliz instante, ¡paz en la América Latina! desde aquí hacia todas partes, el imperio de la democracia, de la democracia más genuina del Universo, por haber nacido para gozo del universo entero, en la misma hora y por el común esfuerzo de todos los pueblos americanos a la vez; de la democracia original, que defiende palmo a palmo, con sangre, siempre que sea menester la sangre, como lo hicieron nuestros padres, su legitimidad y su altivez, de la democracia, generosa en el espíritu y en la materia, puesto que sus hijos la han conservado desde su iluminación, para brindar sus frutos magníficos, a todos los pueblos de la tierra; de la democracia, paz soberana del alma colectiva, principio inmutable de las grandes virtudes humanas, bandera y divisa de las aspiraciones universales, que esta América va labrando lenta y trabajosamente en cumplimiento del testamento paterno, sea a la luz o a la sombra, a expensas de cruentos y tal vez ignorados sacrificios; regándola, caldeándola y fecundándola con la savia ardiente de sus propias generaciones y manteniéndola verde y lozana en todas las estaciones de su vida, al amparo de las virtudes inextinguibles de sus hijos y resguardada por el honrado valor de sus soldados, educados año tras año, lustro tras lustro, en tan largo y tortuoso siglo, por las máximas ejemplares que O'Higgins, Bolívar y San Martín inculcaron en las células, en las fibras, en el corazón y en el alma de nuestros antepasados.

Digase lo que se diga, hijos y soldados de América, nuestros monumentos a la Independencia, a la Emancipación, a la Libertad, expresan y traducen, no sólo nuestro pensamiento político, sino el ansia íntima, congénita, hereditaria, casi carnal de nuestra alma, transmitimos a estas pirámides, a estas piedras, a estos mármoles, a estos bronzes, a la cal y canto que seculará su existencia, el aliento asombroso, que viene soplando las llanuras, las sierras y los valles americanos desde el día que nació la primera idea de libertad y brotó la primera chispa de rebelión. Esa es nuestra inmarcesible gloria, nuestra excelsa virtud, y, justamente, el gran tributo que podemos ofrecer en esta hora gloriosa sobre el sepulcro de nuestros mayores.

¡Americanos! ¡Soldados de América! hijos de esta preclara y hermosa tierra de Chile, recordemos también, a la par de nuestros héroes, de nuestros ilustres progenitores, aquellos bravos tercios españoles que cumpliendo, como toda la vida, firme y virilmente sus deberes militares, defendieron palmo a palmo su terreno, compartiendo el caballeresco orgullo, de medir sus armas con las nuestras en combates legendarios; y repitiendo en los campos de batalla, frente a frente, pecho a pecho, aquellos memorables episodios, con que el Cid, Gonzalo de Córdoba y Don Juan de Austria asombraron la cristiandad. Recordemos también, con la cabeza muy erguida, que hemos heredado y sabido conservar sus grandes dotes y sus excelsas virtudes militares, la primera de las cuales es el valor absoluto e inmutable, del que jamás se han separado la gloria de morir matando y el honor, el invulnerable honor, de la vieja sangre de Pelayo que aquí palpita, de temple, altivo coraje y suprema nobleza veterana, al corazón del soldado americano.

¡Camaradas de Chile y de toda nuestra América! tenemos que elevar preces a la divina Providencia, por haber orientado nuestra marcha, al través de las vicisitudes del primer siglo de libertad, para permitimos llegar a este sitio y en esta hora, con la satisfacción de haber cumplido el deber sagrado, que nos manda resguardar, conservar y enaltecer nuestras instituciones fundamentales.

Ese es, chilenos, el honor más puro de vuestro ejército ejemplar: ese es el título que, a pesar de las grandes conmociones experimentadas por los argentinos, hemos podido salvar ilesos, para ofrecerlo, para entregarlo, documentado por la historia, al juicio de las generaciones militares venideras, diciéndoles: Ejércitos americanos: al cumplirse el primer siglo de nuestra emancipación, los soldados de 1910 cargan sus armas cumpliendo con el deber y respondiendo al honor de servir y morir por las instituciones; anhelando que la paz sea la expresión del respeto y de la su/ordinación legal y patriótica, que encarnaron las vidas fulgentes de San Martín, de Bolívar, de O'Higgins y de los ejércitos y las multitudes sublimes de 1810\*.

D) EL MONUMENTO A DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

XIV. *Discurso del Sr. Ministro don Carlos Balmaceda*

Señor Embajador de España, señoras, señores: Si de propósito la distinguida y numerosa colonia española hubiera pensado en qué clase de homenaje halagaría más al país en el Centenario de nuestra Independencia, no habría encontrado otro más delicado que el que hoy nos tributa, al ofrecernos la estatua de Ercilla, que es, a la vez, bellísima y perfecta obra en su género, y testigo mudo que expresará a la generación actual y a las futuras los sentimientos generosos manifestados en estos momentos por los hijos de la Madre Patria.

Como obra estatuaría, producto del ingenio de un hijo de la Península, que sirve actualmente al país en una cátedra de nuestra Escuela de Bellas Artes, da también testimonio fehaciente e indiscutible del alto grado de progreso que las bellas artes han alcanzado en España; corrobora una vez más, la fama de que hoy día goza el español, y el singular acierto que el Gobierno de la República ha tenido al buscar entre los artistas de aquel reino los maestros que han de dirigir y fomentar la cultura artística nacional. Pero haciendo caso omiso de la belleza de la forma, del conjunto armonioso que ante la vista ella presenta, de la excelencia de la producción artística y del pensamiento feliz que la ha inspirado, hay en ella algo más que conmoverá profundamente el corazón de todo chileno que la contemple; hay allí, adherido a ese bronce, todo el recuerdo de uno de los pasados más gloriosos y más heroicos de que hay memoria en la historia de la humanidad, pasado que, si bien es cierto, tuvo por teatro uno de los puntos más distantes de la tierra, le cupo en cambio la suerte de ser recordado y cantado en vigorosas estrofas por uno de los vates que más ha ilustrado la musa española y que es una de las figuras más culminantes del genio poético de la historia de la literatura universal.

Me refiero, señores, a don Alonso de Ercilla y Zúñiga; me refiero, queridos niños que me escucháis, a aquel poeta cuyos versos habéis aprendido de memoria, junto con las primeras letras, a aquel poeta que ha ido formando vuestro corazón y vuestra alma de chilenos con los ejemplos del nobilísimo sentimiento de amor patrio que él encarna.

¡Señor Embajador de una de las más nobles y con razón más altiva de las naciones de la tierra! Este poema que sólo merece el honor de un capítulo en

vuestra historia, es el soplo que ha animado nuestra alma; y sus bellas estrofas, que hemos aprendido desde la más tierna infancia, han hecho palpar el corazón de todo chileno, refiriéndole la parte más heroica de aquella época que el prólogo de esa historia de tres siglos en que el araucano luchó, sin ser subyugado, contra el esfuerzo, contra el valor y contra la tradición militar que representaban aquellos viejos tercios que enviaron vuestros antepasados y que en muchas ocasiones fueron traídos directamente de los campos de batalla de Flandes y de Italia. Ejemplo único en la historia del Continente americano y tal vez lo sería en la historia de la humanidad, si no fuera que esos mismos tercios descendían de aquellos hombres que desde los peñascos de la cordillera cantábrica iniciaron la lucha de siete siglos, en que se peleó por la fe cristiana y por la independencia, forjando vuestra manera de ser, vuestros caracteres, dotándoos de ese valor, de esa energía, de esa hidalga virtud castellana y también de ese orgullo fundado en la nobleza y el coraje, que ha hecho que un español, cualquiera que sean los tiempos y las circunstancias, sea siempre un español.

Fue también aquella lucha tenaz y despiadada, pocas veces interrumpida por muy escasas treguas, la que ha formado a este pueblo, que ya vos conocéis, que en todas sus guerras exteriores, muchas para tan corto espacio de vida independiente, no ha sido jamás vencido; cuyos hijos no han visto jamás arriarse la bandera de la patria, y que al sólo recuerdo de las glorias militares y a la vista de nuestro tricolor se conmueven con los sentimientos del más acendrado patriotismo.

Si os han llamado la atención la bizarría de nuestras tropas, el entusiasmo que en la muchedumbre despiertan las músicas marciales, la emoción intensa que experimentamos al oír los acordes de nuestro himno nacional, ese orgullo con que escuchamos placenteros la historia de nuestros hechos de armas y los triunfos de nuestro ejército, debéis tener presente, señor Embajador, que fueron vuestros antepasados y los hijos de Arauco, que contra ellos por espacio de tres siglos combatieron, los que juntos han formado el molde de nuestra raza y de nuestra historia.

Fue consecuencia lógica de la hidalga manera de ser del castellano aquel modo con que Ercilla relata las hazañas de los hijos de Arauco, con que los ensalza en su heroísmo y pondera en sus virtudes, presentándolos ante la humanidad entera como los más dignos enemigos que se hubieran podido ofrecer al empuje de vuestros brazos. ¡Son esos personajes legendarios de Arauco los que viven en nuestros recuerdos, los que admiramos desde que nos sentamos en los bancos de la escuela, los que hacen que cada uno de nosotros se crea un legítimo heredero de sus tradiciones gloriosas! Y bien sabéis, señores, cuán decisiva influencia tienen en los destinos de un pueblo la enseñanza de sus hechos pasados y el recuerdo de la historia de sus héroes.

Véis, pues, señor, la enorme deuda de gratitud que tenemos los chilenos para con vosotros.

Nos habéis formado, nos habéis transmitido vuestras virtudes y también vuestros defectos. Pero no importa —estos defectos, si es que llegan a serlo, son de aquellos que a veces se convierten en virtud—, como el coraje, el orgullo y la pasión con que realizáis las obras que emprendéis.

Esta es la razón de nuestra gratitud, de nuestro reconocimiento. Habéis erigido un monumento eterno al cantor de nuestras primeras glorias, que son, sin duda alguna, las progenitoras de las que como

\*Textos tomados de *El Mercurio* de Santiago de Chile del día 19 de Septiembre de 1910.



pueblo libre han recogido más tarde nuestros soldados.

¡Y tener presente, señores, que los que con tanta delicadeza nos ofrendan este monumento, son los descendientes de aquellos que por su patria y por su Rey, morían como españoles en los campos de Chacabuco y de Maipú; y con las expansiones que sólo el corazón español puede abrigar; nos abren hoy sus brazos, nos brindan esa finísima muestra de aprecio y de cultura, se regocijan con nuestra alegría y recuerdan triunfos que nos son comunes y heroísmos que nos unen en el más fraternal de los abrazos!

Señor Embajador, cuando regreséis a la vieja y noble España y déis cuenta de vuestra misión a vuestro augusto Soberano, decidle que hay un pueblo en este continente que ostenta como el más legítimo de los orgullos el conservar en casi toda su pureza la noble sangre española; que si alguna mezcla ésta tiene, y que no la empaña, es con la sangre de aquellos rudos y esforzados araucanos a quienes don Alonso de Ercilla colocó en el templo de la inmortalidad.

#### XV. *Discurso del Duque de Arcos*

Señores: Gran honor es para esta colonia española que el Presidente de la República haya delegado a uno de los miembros de Gobierno para recibir la entrega de la estatua de Alonso Ercilla que aquélla ofrece a Chile.

Estos españoles tenían deseos y ansia de manifestar de una manera visible y palpable el agradecimiento que sienten hacia ésta su segunda patria donde viven y trabajan y que ha de ser probablemente la patria de sus hijos.

Circunstancias y estrecheces del viejo mundo les mueve a abandonarlo, y a buscar en el nuevo medios más amplios de existencia.

Llegan a estas regiones donde encuentran su misma religión, su idioma, sus costumbres; encuentran trabajo, hospitalidad; casi les parece que no han cambiado de país. En cuanto pueden, fundan una familia, y en este caso, difícilmente vuelven a España; aquí se establecen definitivamente, y Chile aprovecha su trabajo y hereda sus ganancias y sus hijos.

Estos son poderosos lazos entre las dos patrias; y esto es lo que la colonia española exterioriza con el monumento que a Chile ofrece.

El soldado y poeta cuya imagen vemos, es un ejemplar típico de la raza española. Educado en la Corte de Carlos V, paje de Felipe II, siguió a éste a Inglaterra cuando el monarca fue a contraer matrimonio con la Reina María Tudor; tenía entonces veinte años, y allí oyó la noticia del levantamiento de los araucanos en Chile. Inmediatamente se despertó el alma de soldado que en él despertaba, y con ella el amor a las aventuras, y el deseo de ver países y gentes nuevas. A petición suya formó parte de la expedición que a Chile se envió, en la cual debía encontrar el asunto de su famoso poema. Este fue escrito en gran parte en Chile, mientras se desarrollaban los sucesos que trata, aunque no se publicó hasta el regreso del autor a España, en tres partes que se sucedieron largos intervalos.

Ercilla ha dicho repetidamente que no fue su intento hacer un poema épico sino escribir una historia o crónica versificada de los sucesos en que tuvo parte activa, contados a medida que se iban produciendo.

Como poema produce un gran efecto por la energía del pensamiento, por la nobleza y sublimidad de la idea y por la felicidad de la expresión.

Las bellezas de detalles abundan, las descripciones son pintorescas vistas y sentidos sus discursos elocuentes; la dicción pura y natural.

El autor anota día por día lo que ha visto; pinta las personas, describe los paisajes que tiene a la vista; sus personajes los ha visto, los ha conocido.

El lenguaje del poema es propio, correcto y fluido, y el arte de cantar está en él elevado a un punto de perfección a que ningún libro de entonces pudo llegar.

El asunto de *La Araucana* tenía el interés que necesariamente tiene el espectáculo de hombres y países nuevos de la poesía y de los motivos morales y sentimientos que animaban a los indios, con los cuales siempre simpatizaba el poeta. Si los araucanos eran un puñado de indios oscuros, sus adversarios, los españoles, eran harto conocidos en uno y otro hemisferio, teniendo agitado al antiguo con su ambición y su poder, y habiendo con su osadía descubierto y subyugado al nuevo. La duración y tenacidad de la lucha entre fuerzas tan desiguales, la oposición de caracteres y de costumbres, dan por sí mismo un realce maravilloso a la narración, sin que el poeta tenga que esforzarse mucho para darle un interés que por sí misma tiene. Así en sus excelentes descripciones de batallas podrán otros poetas haber dado a estas acciones de guerra más grandeza y aparato, y mayor variedad, pero seguramente no les han dado igual calor y movimiento, ni expresión más interesante y animada. Y la razón es obvia: así como las descripciones de las tempestades se conoce entre los poetas quienes la pintan de fantasía, y quienes las han visto en el mar, así en Ercilla se descubre bien clara la parte que él mismo tuvo en los peligros y encuentros con los indomables araucanos.

Véanse allí las cosas, no se leen; se ven las acometidas y las retiradas; no se oyen los golpes; se sienten la incertidumbre del éxito y los vaivenes de la suerte de las armas. Se advierte claramente que la mano que maneja la pluma empuñaba momentos antes la espada; y en esas partes del poema, poco tiene que hacer el soldado poeta para aparecer épico.

Pero lo más saliente e interesante en *La Araucana* es el personaje del autor. No porque él se cante a sí mismo, o porque celebre sus proezas, pues fue al contrario, persona singularmente modesta, sino por el bello y elevado carácter que resulta de la narración misma que hace. Al llegar a Chile, y al empezar después a escribir su poema, no hay duda de que su primera idea fue elevar con él un monumento a la energía española. Pero una vez entrado en el asunto, al contemplar las costumbres extrañas y curiosas, el carácter indómito y el valor heroico que presentan sus intrépidos enemigos, su ingenio poético se exalta y empieza a celebrar y ensalzar en sus versos por la noche, a los mismos que ha combatido por el día.

Esta notable disposición de su ánimo le hace examinar con imparcialidad las causas de la guerra movida a los españoles y halla que éstas, en los indios no son otras que la defensa de su libertad e independencia, y el deseo de rechazar a los extranjeros, a quienes no pueden considerar sino como a injustos invasores.

Estos, por su lado, justificados como estaban por el derecho público de su tiempo, usando del derecho de descubrimiento, conquista y ocupación, completamente reconocido entonces y después; y

creyéndose en el deber de evangelizar los países por ellos descubiertos no podían sino considerar a los indios como rebeldes, insumisos.

Pero Ercilla, en su sed de justicia, sin dejar de cumplir sus deberes de español y militar, se siente desde luego inclinado en favor del indómito enemigo. Y desde entonces, considerando, sin duda, que para los españoles es bastante alabanza describir la increíble proeza del adversario con quien contienden, todos sus elogios, sus admiraciones y entusiasmos son para los araucanos.

Esta genial disposición de su espíritu es típica del estado del alma del soldado.

Para pensar y sentir como un verdadero soldado, hay que haber creado una segunda naturaleza, en la cual la abnegación, la obediencia, la disciplina, son como la propia religión.

Tiene el soldado que renunciar a su voluntad, tiene que estar dispuesto en cada momento a dar la vida por su patria y por su deber; y esto sin reflexión, y como cosa natural y corriente.

El valor, el tesón y la paciencia acompañan necesariamente a aquellas cualidades, y el espíritu militar, que ha creado a las naciones y dado forma a los destinos de los países, hace que el soldado reconozca en su enemigo sus mismos motivos y deberes, sus propias virtudes y cualidades, tal vez sus mismos defectos; y por consiguiente, una vez acabada la pelea, vencedor o vencido, no tiene mala voluntad a su adversario, ni le queda rencor alguno.

Este es el sentimiento que debió animar a Ercilla al escribir su poema; y se puede asegurar que en aquel momento y en aquellas circunstancias, sólo un soldado, y un soldado que peleaba con ellos, pudo hacer justicia a los araucanos.

Por esto, señor Ministro, estos españoles han tenido una idea feliz al ofrecer a Chile, como símbolo de su engrandecimiento, la imagen de Ercilla, pues están seguros de que será recibida con agrado, habiendo el poeta sido un esforzado y buen amigo de Chile y de los invictos araucanos.

Otro acierto han tenido al haber hecho coincidir su ofrenda con la fecha en que Chile celebra el Centenario de su Independencia. Esto confirma, señor Ministro, lo que en nombre del Rey de España y de su Gobierno tuve la honra de decir al señor Vicepresidente de la República al presentar mis credenciales, sobre los sentimientos de España hacia esta República. Es cierto que una separación violenta entre los países, como España y Chile, no se verifica sin un gran desgarramiento; pero es cierto también que cuando el tiempo ha restañado la sangre y cicatrizado las heridas, el antiguo amor vuelve más grande, más fuerte, más puro y desinteresado.

Y hoy, ningún país hace votos más fervientes por Chile, por su engrandecimiento y felicidad.

Tengo la honra de hacer en nombre de la colonia española, la entrega al Gobierno chileno de la estatua de Alonso de Ercilla.

#### XVI. Discurso del señor Ignacio Balcells

Excmos. señores, señores: La República de Chile celebra hoy con esplendor el Centenario de su Independencia y con un regocijo general no sólo de sus hijos sino de las Repúblicas hermanas y sobre todo de la República Argentina, la cual con la presencia de su primer mandatario viene a realzar este acto de vital trascendencia para argentinos y chilenos, los cuales han dado ejemplo al mundo

de confraternidad americana y la han refrendado, aún más, con motivo del Centenario de las dos Repúblicas.

España, señores, no podía permanecer indiferente ante este gran acontecimiento, tanto por la afinidad de su sangre, costumbres, idioma y religión, cuanto porque la República de Chile ha sido también una de sus hijas predilectas. A pesar de que procuró independizarse en los momentos en que se creía capaz para gobernarse, no por eso la Madre Patria se olvidó ahora, que allende los mares celebraba la República de Chile el primer Centenario de su Independencia y quiso demostrarle, como asimismo al mundo entero, que se sentía orgullosa de enviar una Embajada a nombre de S. M. el Rey don Alfonso XIII, a felicitar a esta hija, que en su vida libre e independiente ha sabido formar, en el transcurso de un siglo, un estado respetable y fuerte y con todos los adelantos del progreso, colocándose entre las primeras de las Repúblicas hermanas de este continente.

La colonia española de Chile desea demostrar al Gobierno chileno, que tampoco le ha sido indiferente la celebración del Centenario y desde un confin a otro de esta República, todos han contribuido, en la medida de sus fuerzas, a dar esplendor a las fiestas que se celebran en toda la República.

Este monumento, dedicado al poeta soldado don Alonso de Ercilla y Zúñiga, es la ofrenda de la colonia española a Chile.

Los españoles tienen vinculación de lazos de familia con los chilenos, no sólo por tradición, sino por sus mujeres y, por consiguiente, también por sus hijos nacidos en el país.

El monumento que ofrecemos a la ciudad de Santiago será un recuerdo imperecedero entre chilenos y españoles, y mientras se sucedan las generaciones, unas tras otras, quedará este pedestal coronado con el grupo de Ercilla y La Araucana, la que ofrece un ramo de laurel al cantor de las glorias del valiente e indómito araucano, como el símbolo de la alianza eterna entre la Madre Patria y Chile.

#### XVII. Discurso de don Juan A. Barriga

La ciudad de Santiago, que al pie de esas montañas y en el centro de este valle consagrado por el recuerdo de hazañas y sacrificios inmortales, fundaron hace tres siglos vuestros abuelos, recibe hoy agradecida y acepta como suyo para eterna recordación de los venideros, este hermoso monumento que la colonia española ha querido ofrecerle en testimonio de su adhesión caballerosa a la celebración del Centenario nacional.

La estatua que habéis erigido a don Alonso de Ercilla tiene, señores, en la ocasión presente, un alto y profundo significado. Antes que el ilustre fundador de Santiago, que es el padre y fundador de la familia chilena, habéis elegido con admirable instinto al poeta soldado que a impulsos de una misma inspiración cantó las glorias de la raza araucana y los heroicos esfuerzos de la nación conquistadora; símbolo augusto de la unidad histórica de la patria, al través de las luchas del pasado y la varia corriente de nuestros destinos en la historia política de las naciones.

¡Poeta y soldado!; poeta de la acción y soldado aventurero en los campos de lo ideal, don Alonso de Ercilla representa y encarna en su varonil figura el tipo clásico del caballero español en aquel

siglo extraordinario y fecundo en grandes acciones, como en ingenios inmortales; en aquel siglo que vio a Cervantes blandir la espada en las aguas de Lepanto con la misma segura mano que más tarde debía escribir las páginas de oro del "Quijote"; a Garcilaso de la Vega, el dulce poeta de "La Flor del Guido", soldado también como Ercilla, en las campañas de Italia, que renunció como él a las glorias de la espada para coger los laureles que yacían olvidados sobre la tumba de Virgilio; a don Diego Hurtado de Mendoza, tan gran señor en las letras como en la vida cortesana, militar, diplomático y escritor consumado que, a ejemplo de los grandes historiadores latinos, adquirió en sus empresas diplomáticas, la inteligencia profunda de los grandes conflictos nacionales, que algún día debiera trazar con lapidaria energía en su admirable "Guerra de Granadas"; al fénix de los ingenios, a Lope de Vega, cuya propia vida fue un drama en acción de la más rica y variada fantasía, drama en que vibran, como en su teatro prodigioso, todas las cuerdas del sentimiento humano, desde el impulso heroico y juvenil hasta el lamento doloroso y profundo de la penitencia final. Siglo extraordinario, en verdad, en que el arte era la imagen directa y fidelísima de la vida; siglo dichoso a pesar de las sombras que en otros campos le oscurecen, porque la realidad y la ficción, la poesía y la historia, la voluntad y el sentimiento no habían reñido aún ni conocían ese horrible divorcio que se siente en el fondo de la sociedad contemporánea.

Nada parecía imposible a la ambición del hombre, desde el momento en que la realidad superaba por doquiera a las más hermosas perspectivas de la ficción. El hijo de un cardador de lanas había descubierto un nuevo mundo poblado de selvas gigantescas, lleno de riquísimos tesoros y habitado por grandes y poderosos imperios que en breve debían ser tributarios de la corona de Castilla. Un Príncipe de España, cuya frente iluminaban todavía los primeros rayos de la juventud, salvaba en Lepanto la causa de la Europa occidental y la causa más grande aún de la civilización cristiana.

Después de un cerco memorable, Granada había abierto sus puertas a los reyes católicos, y al recibir de manos del último Rey moro la llave que consagraba la unidad española, un mundo nuevo de misteriosa poesía se reveló también a la imaginación de los poetas y en los jardines del Generalife y los patios deslumbradores de la Alhambra, vieron los ojos convertidos en deliciosa realidad, los sueños peregrinos de las Mil y una Noches. Un niño, apenas escapado del regazo materno, logra burlar en Jerez de los Caballeros la vigilancia de sus padres, se embarca ocultamente en un navío que, a la sazón desplegabá sus velas, llega por fin al soñado mundo de sus ambiciones infantiles, busca la gloria y la fortuna sin saber dónde encontrarlas, asciende la áspera montaña y al llegar a la cumbre, alcanza con sus ojos atónticos a divisar la extensión infinita y azulada del Océano Pacífico, y tomando en sus maros la cruz, insigneña dos veces sagrada de la patria y de la fe, corre a la playa y la sumerge en el piélagó salado, como para tomar posesión de él, y adquirir su señorío de Castilla. Y, mientras el Gran Capitán recorría en triunfo las clásicas campiñas de la Italia y otros imponían el nombre de la España en las llanuras de Flandes, un puñado de aventureros inmortales se lanzaba a descubrir nuevas tierras y a conquistar nuevas glorias en las remotas extremidades del continente americano.

Una vulgar filosofía de la historia ha querido presentarnos a los primeros conquistadores como insaciables aventureros a quienes sólo movía la sed del oro y la codicia del mando, como si la conquista y civilización de la América no hubiera sido otra cosa que una gigante y afortunada empresa industrial. No conocemos aún la última palabra de la historia, pero si España vino a buscar, como se dijo, el oro de las Indias, nunca fortuna fue comprada a más alto precio. Ninguna nación del mundo había ofrecido a su ambición mayor tributo de sangre, derroche igual de energía y tenacidad en la prosecución de la empresa más vasta que registran los anales de la sociedad humana.

En pos de aquellos grandes capitanes, quiso la muerte que viniera a nuestras playas don Alonso de Ercilla y Zúñiga, no como tantos otros en busca del oro codiciado; ni a descubrir, como Ponce de León, la fuente de la juventud que él sentía en su corazón, ardorosa y magnífica.

Tras de este idilio tierno y delicado, vino a buscar la gloria para hacerse amar, y si es verdad, como quiere la tradición, que la dama de sus pensamientos no le otorgó la suspirada recompensa, ni acaso comprendió la magnitud de la ofrenda, la raza que elevó a la altura de la epopeya, en versos sonoros y bruñidos como el acero toledano, supo ser fiel al poeta desdenado y al través de los siglos le dio la inmortalidad.

Su instinto guerrero y generoso le hizo abandonar otras empresas más fáciles bajo cielos más benignos, y las dulzuras enervadoras de la zona tropical. Vino a buscar la guerra donde la guerra era más difícil y la victoria más insegura; vino a buscar la gloria donde la gloria era esquivá y exigente en sacrificios de toda suerte; vino a pelear con los hijos de la selva virgen y a probar su esforzado brazo con esa gente.

"Tan soberbia, gallarda y belicosa Que no ha sido por Rey jamás regida, Ni a extranjero dominio sometida."

El alma chilena se reconoce en esta imagen del poeta soldado; y si España le cuenta entre los maestros de la poesía castellana, nosotros le tenemos y le honramos a justo título como al verdadero fundador de la literatura nacional. Su effigie inmortalizada en bronce, se alza desde hoy como el símbolo elocuente de las glorias y los sacrificios que nos fueron comunes: él enseñó a los hijos de España, en acentos que Voltaire encontraba dignos de Homero, las energías de esta raza que sólo esperaba la luz de la fe y el consorcio de la sangre castellana, para fundir con ambas el ser moral de la futura nacionalidad chilena.

Y hoy que la Madre Patria viene a asociarse magnánima como siempre al regocijo del pueblo chileno en el acto conmemorativo de su Independencia, ella también nos habla y en su severo lenguaje de bronce recuerda al hijo los sacrificios de madre.

Porque España, señores, no vino a América en furtiva expedición para volver al continente europeo cargada con el botín de la victoria. Ella nos dio su sangre, su fe, su tradición, sus leyes y su lengua incomparable que un ilustre poeta de la Francia contemporánea llamaba digna de hablar con Dios. Junto con sus audaces capitanes nos envió sus admirables misioneros, y cuando en ella había de grande y generoso, nos lo dio sin tasa ni medida.

Y, cuando se habla de la decadencia de la raza latina y se juzga superficialmente la condición material y política de España en los tres últimos siglos, es deber nuestro recusar los juicios interesados de la leyenda histórica y atestiguar por ella, ante el tribunal de la historia legítima y verdadera.

Dieciséis Repúblicas, que orgullosas de su nombre y de su raza se sientan al banquete de las naciones civilizadas, hablan hoy por el pasado de la Madre Patria, con la viril elocuencia de los hechos inapelables y a la augusta matrona que nos dio el ser y nos formó en su regazo y nos encaminó en los primeros pasos de la vida; ¡quien fuera osado a pedirle cuentas y llamarla a juicio, porque no es hoy la reina de las naciones como en los días de su primera y esplendorosa juventud!

Señores, hace tres siglos que en estos campos,

hoy fértiles y poblados, reinaba todavía el alto silencio de la selva primitiva, turbado apenas por el paso inseguro y cauteloso de los primeros conquistadores.

Trabáronse aquí rudos combates y las montañas resonaron con el grito legendario de los tercios españoles, al que respondía en el valle y en la sierra el agudo clamor de las huestes araucanas.

Mas hoy, señores, al pie de este monumento que recuerda las luchas del pasado y las glorias comunes del futuro, os pido que en vez del histórico grito de guerra, españoles de Chile y chilenos de España, lancemos juntos el grito que brota espontáneamente de nuestros corazones: ¡Viva España! ¡Viva Chile!\*

\*Textos tomados de *El Mercurio* de Santiago de Chile del día 20 de Septiembre de 1910.